

¿SERÁ CAPAZ SU CORAZÓN DE SENTIR AMOR
O LAS CICATRICES SON DEMASIADAS?

Remembranzas



Yamila Bianqueri

Remembranzas

Yamila Bianqueri

"REMEMBRANZAS"

Derechos exclusivos de Yamila Bianqueri ®

Prohibida su copia sin autorización.

@2024-06

Yo le llamo arte a todo aquello que de alguna manera nos devuelve la vida.

Elena Poe

Dedicatoria

Para él, mi hermano, el dueño de la sonrisa más luminosa que conocí y uno de los amores más puros de mi vida. Por siempre en mí, mi ser de luz.

Querido diario:

Sí, ya sé lo que estás pensando, que en vez de hacer esto cuando era el momento lo hago ahora. Es que tanto vos como yo sabemos que en ese instante estaba aprendiendo a cambiar pañales por culpa de mi inmadurez, en fin, todos alguna vez nos equivocamos, lo valeroso de eso es alzar la cabeza y hacerle frente a las consecuencias y yo lo hice, vaya que lo hice. Me casé con solo dieciséis años, embarazada de cuatro meses, con el hombre que creí el amor de mi vida. ¡Qué tonta fui! ¡Qué ingenua! Ojalá hubiera sabido más, pero no.

Te cuento que hoy es el cumpleaños número catorce de mi hija y hay cosas que ya no soporto más. La rutina, la monotonía de mi vida, la forma mecánica que tengo de hacer todo, a excepción de la danza, que es mi único respiro. Fernando, mi marido, es un gran padre, no voy a negarlo, pero como compañero es un asco. Hostil, machista, celoso, malhumorado, inseguro y quejoso, esos son algunos de los adjetivos que puedo adjudicarle; el peor de todos: alcohólico. Anoche volvió a casa borracho de nuevo y como si eso fuera poco, llegó con la boca colmada de exigencias que yo no estaba dispuesta a cumplir. Gracias a Dios Miranda no está, se encuentra en la casa de su bisabuela, mi nona, por eso no presencié nuestra disputa, no vio cómo su adorado padre, quien frente a ella cuida las apariencias, me golpeaba hasta cansarse. Ya perdí la cuenta de las veces que hizo tal cosa en los últimos años y si bien siempre lo creía capaz de repetirlo, lo había evitado con todas mis fuerzas. Hace unas horas la bomba explotó y todo por negarme a mantener relaciones sexuales. Estoy agotada psicológica y físicamente, crepúsculo tras crepúsculo abro mis piernas para complacerlo, mientras cierro mis ojos y empujo a mi mente para actuar, acariciarlo y fingir que lo disfruto, tarea que con cada hora pasada cala más profundo en mi ser, consumiéndome un poco más, apagando la llama de mi alegría, barriendo con todo a su paso. Ya me olvidé lo que es un orgasmo, lo que se experimenta al sentirlo, olvidé todo.

Los golpes de esta vez fueron la gota que rebalsó el vaso, sé muy bien que cuando un hombre te pega, por más que se arrepienta lo va a volver a hacer, y no estoy dispuesta a perdonarlo, a seguir soportando su maltrato, ni a continuar manteniendo sus vicios. No voy a permitir que remate las pocas ganas de vivir que me quedan. No quiero ser una mujer asesinada más, y que dentro de poco mi rostro aparezca en el noticiero como víctima de las garras de su marido. Machacó mi autoestima, mi valor. Lo amé mucho, le entregué lo mejor de mí, todo de mí, pero ese amor se desvaneció, se escurrió de mis manos en cada insulto, en cada castigo emocional. Me cansé de permanecer dentro de un laberinto de violencia, en donde la manipulación, el control y el alejamiento de todo lo que quiero predominaba. Se terminó mi falta de valor, si él me mata no voy a poder cuidar de los míos, de mi hija, de mi nona, de mi

hermano. Si él un día de estos llega y no estoy yo para que se desquite puede que se la agarre con Miranda, que la hiera, la dañe tan profundo que ella no vuelva a ser la misma, tal como lo hizo conmigo. El hombre del que estuve enamorada desapareció, se convirtió en un monstruo, en el peor de todos, porque hizo lo que juró jamás hacer: lastimarme.

Guardo el cuaderno en la cartera y le doy un último vistazo a la estancia, mi querida cocina, si habré pasado horas acá dentro, recuerdo con tristeza. Sacudo mi cabeza y la abandono sin detenerme a observar otros espacios de la que fue mi casa durante todo este tiempo, en la cual viví glorias y sobreviví a las tristezas.

A lado de la puerta yacen los bolsos y valijas con todo lo que pude guardar en esta madrugada de septiembre, una que no olvidaré nunca. Cargo con todo lo que puedo, tratando de hacer el menor ruido posible para no despertar a Fernando que cayó rendido a causa de su borrachera. Tampoco quiero alarmar a mis suegros, no los quiero haciendo preguntas, no estoy para dar respuestas, no puedo pronunciar ni una palabra gracias al dolor que me cruza la cara, aparte de eso, verme en estas condiciones les daría un disgusto que no se merecen. Son demasiado buenos.

Me subo al *Uber* que pedí hace un rato y dejo que el amable chofer se encargue de los bultos, fue un esfuerzo sobrehumano sacarlos a la vereda. Le brindo la dirección de destino y emprendemos un viaje sin retorno, me alejo de mi hogar, de mis cosas, de él, tengo que hacerlo porque temo de mi reacción si vuelve a levantarme la mano.

Las calles a esta hora están desiertas, silenciosas, como mi alma quebrada. Me cuesta tanto respirar. Siento mi rostro hinchado, hirviendo. Duele... cómo duele.

Mi hermano junto a mi nona está aguardando por mí afuera de su casa, estáticos, consternados. Matías, tres años mayor que yo, se encarga de bajar los bártulos, antes de acercarse y besar mi frente con los ojos llenos de furia. Mi nona se sube al auto y me arropa, me protege como siempre lo hizo. Entre el calor de sus brazos me desahogo, lloro como una niña acongojada, tiemblo aterrada. Ella acaricia con sus manos avejentadas mi cabello, me acompaña, mima, me transmite su eterno y dulce cariño. El auto vuelve a ponerse en movimiento y nos conduce hacia el hospital, lugar en el que me atienden enseguida, en donde se ocupan de los cortes de mi cara, de mis costillas astilladas y mi hombro fracturado.

Horas después, los policías que tomaron mi declaración abandonan la habitación, por fin me dejan descansar. Mi cuerpo sufre, sí, pero mi corazón sangra.

Un año después

Salgo a las corridas de las instalaciones de la academia de arte, lugar al que llegué hace unos meses, espacio que adoro porque me devolvió las ganas de afrontar todos los sentimientos contradictorios que me avasallan cada dos por tres. ¿Por qué voy tan apurada? No quiero llegar tarde al despacho de mi abogado en donde, al fin, vamos a firmar los papeles del divorcio. Después de muchas mediaciones, conversaciones sin sentido y demás, Fernando accedió a mi petición. El tira y afloje no fue sencillo, pero lo conseguí. De ahora en más, lo único que nos relaciona es nuestra hija, quien por más que no me agrade, está al tanto de todo. Tuve que decirle la verdad luego de aquella golpiza, pasar varios días en observación no es algo que se pueda ocultar y también lo hice por recomendación de la terapeuta que me estuvo asistiendo.

De la nada, y sin verlo venir, me encuentro sobre el cuerpo de alguien que no reconozco y con quien es evidente que impacté por despistada y por ir revolviendo mi bolso para sacar el celular. ¡Dios! *Qué bien huele este chabón*, pienso al olisquear su pecho. Sus manos depositadas sobre mis brazos me hacen temblar, su tacto tibio traspasa las mangas de mi campera de microfibra. Me sostiene con fuerza y delicadeza. Inspiro hondo e incorporo medio torso, en el camino me topo con un rostro moreno, poblado por una barba prolija y los ojos verdes más impactantes que alguna vez vi me observan con desconcierto. Trago saliva con dificultad, las palabras atoradas en mi garganta no quieren salir y mi estúpido cuerpo no obedece las órdenes de mi cerebro. Es enigmático. Tengo que moverme, salir de encima suyo, saber si se encuentra bien, si lo lastimé y disculparme, pero no puedo hacer nada de eso. Estoy estática, enganchada a su pestañear, a la franqueza de sus faroles.

—¿Estás bien? —entona. Me pierdo en el ir y venir de su nuez de Adán, en la sensualidad de su voz. Va a creer que soy tonta o muda. Asiento con la cabeza y de un salto me retiro. Él me imita y me doy cuenta de que es más alto que yo, me saca una cabeza, es gigante a mi lado.

—¡Lo siento mucho! Venía bajando las escaleras sin prestar atención y no te vi. ¿Te lastimé? —expreso de corrido sin respirar. No sé qué me agarró que estoy actuando así, ni qué me sucede. El desconocido sonrío, estira los labios en su máximo potencial y todo resplandece a su alrededor. Es hermoso.

—No pasa nada, sos demasiado liviana como para lastimarme —expone con un poco de arrogancia. Ah, bueno, lo que me faltaba. Ahora va a resultar que es un creído de cuarta.

—Buenísimo. Mil disculpas. Nos vemos —manifiesto a medida que paso por su lado y continúo mi camino. Huyo del repentino influjo que ese hombre vertió sobre mí. Me alejo como si fuera un ciervo y él un cazador, ando sin mirar atrás. Me tocó y el fin del mundo no llegó,

increíble.

Llego al auto de mi hermano, lo arranco y conduzco hacia el final de una etapa que me hizo feliz al principio y muy infeliz luego, una que me ayudó a madurar, a crecer como persona, a quererme a mí misma, a ser una prioridad. Dejo el coche en un estacionamiento y avanzo con el corazón estrujado hasta la oficina. Ninguno de los encuentros que tuvimos fue simple. En el momento que yo mantenía la calma, él se alteraba; y cuando él arrojaba una mentira detrás de otra, yo me ponía como loca. Se salvó de ir a la cárcel, pero no del centro de rehabilitación del cual aún no sale por culpa de la última recaída frente al alcohol. En más de una ocasión me tocó llevar a Miranda para que lo visitara. Ella queda fuera de todos nuestros problemas. No lo amo, ni lo quiero a mi lado, no lo puedo ni ver porque se me revuelven las entrañas y eso no la incluye a ella, no deja de ser su hija. Espero que de ahora en adelante podamos tener un trato cordial, que no vuelva a intentar convencerme de su amor por mí, que se comporte como yo lo hago, y que ponga todo de su parte para salir adelante y estar bien; al menos, que lo haga por Miranda.

Entro a la recepción y lo encuentro sentado en la sala de espera. Muy atrás quedó el hombre del que me enamoré. Lejos quedó el cariño que sus ojos desprendían cuando nos casamos. Destruídas quedaron las promesas hechas. No queda nada del Fernando que me cuidaba, abrazaba y juraba al oído que todo iba a estar bien, que envejeceríamos juntos. Ahora, frente a mi retina, es el hijo de puta que me vapuleó por años. La basura que me gritaba insultaba y controlaba. Él solito se ganó paso a paso que todo el amor que sentía se convirtiera en indiferencia, asco, rencor. Cada piña que me dio me derrumbó y a la vez me ayudó a tomar conciencia y poder escapar de la espiral de dolor en donde estaba sumergida. Cada patada en el cuerpo exprimió el aire de mis pulmones y colaboró con mi fortaleza. Magulló no solo mi figura sino también mi alma, consumió mis instantes de alegría. Quizás si esa noche no me hubiera negado y él se habría controlado, hoy continuaríamos aparentando algo que no éramos y yo seguiría siendo una pobre infeliz que no es capaz de pensar por ella misma. Él logró doblegarme, quebrarme, hundirme en un pozo vicioso del que no podía salir, del cual hui cuando algo en mi mente se despertó; mi fortaleza dormía, se escondió por años, pero al final abrí la puerta de ese sector y grité, me hice oír y dije basta, hasta acá llegué, esto no vuelve a pasar. Se terminó, ahora puedo amarme y ser feliz. Aprendí en terapia, en las charlas de grupo, que cuando se quiere, se puede, que tocamos fondo con la última hebra de cabello, pero que tarde o temprano logramos flotar y ver un halo de luz, que las alas se curan y volvemos a alzar vuelo. Ojalá todas las mujeres que se encuentran en la situación que viví puedan verse al espejo y admirar en ese reflejo quienes son, el vigor que permanece escondido en algún recoveco de su corazón, que son supervivientes y que del otro lado hay alguien dispuesto a ayudarlas, a valorarlas.

Saludo a Fernando y a su abogado desde donde estoy y me acerco a la secretaria para anunciarme. Ni bien lo hago, ella me recibe y me hace pasar a la sala de juntas alegando que el licenciado me espera.

Ya dentro tomo asiento y leo el acuerdo con parsimonia, el mismo que recibió mi ex para revisar. Espero que esté de acuerdo con todo lo estipulado, y este calvario finalice para poder encontrar el balance adecuado para mi vida.

—Está todo perfecto, Juan José. Terminemos con esto, por favor —le pido con amabilidad. Estoy más que agradecida con mi hermano por haberme contactado con él, por la rebaja que me hizo en el precio y por la paciencia que me tiene. Pensar que tuve que sacar un crédito para solventar toda esta jodita.

—Elena, te pido entereza. Lo más seguro es que la otra parte no esté de acuerdo con algunos ítems. Hoy vamos a llegar a un punto en común para que puedas seguir rehaciendo tu vida, disfrutar de tu libertad y recomponerte del todo —anuncia con determinación.

A los pocos minutos ellos ingresan a la sala y se sientan del otro lado de la mesa. La reunión arranca enseguida, solo los abogados intercambian palabras y hablan de las discrepancias. Mientras tanto yo observo al que todavía es mi esposo para la ley. Estos meses que pasaron dejaron una notable huella en él. Está más delgado, avejentado y silencioso que nunca. Desde que apoyó el culo en esa silla no me dirigió ni un vistazo y la culpa que lo carcome sale expulsada por sus poros. No está en condiciones de refutar nada. Estoy segura de que en su puta vida se imaginó llegando a esta instancia. Creyó que me había esclavizado, y si bien en parte lo logró, no fue suficiente para erradicar mi poder de decisión.

Veo cómo el letrado le pasa los papeles, y recién ahí es capaz de mirarme. En sus iris no hay una gota de gallardía, de la basura que llegaba a casa con los ojos inyectados, la boca llena de insultos y los puños preparados para derribarme. Las imágenes de él agrediéndome, arremangado para pegarme, inundan mi mente como si fueran una pesadilla, me estremezco sin ser capaz de evitarlo, los recuerdos son duros, no van a poder conmigo.

—Antes de hacer esto, quiero pedirte perdón, no estaba lúcido cuando te lastimé. Elena, siempre te amé y aunque ahora no importe, quiero que lo sepas. Estoy cambiando y te prometo que voy a ser un gran padre para Miranda, no quiero que ella algún día me vea con tanto rencor como vos —expresa con un arrepentimiento que no sé si es fingido o real. Hace mucho que dejó de ser él mismo.

—Ya está, Fernando. Nunca hiciste ni el mínimo esfuerzo por cambiar, se ve que el amor no

fue suficiente. De ahora en más lo único que nos une es nuestra hija, preocúpate por resarcirte frente a ella —le respondo con veracidad. Él asiente con su cabeza y estampa la bendita firma en las hojas. Alivio me recorre por dentro, un torrente de calma porque mi voz se escuchó y esa es una gran satisfacción.

Un rato más tarde ingreso a la casa de mi nona, me refugio en sus brazos y lloro de alegría.

La música, bendita y gloriosa melodía que me posee cuando explota en los parlantes de mi aula. Hoy me toca darle clases de reggaetón a mi grupo de adolescentes, las cuales estoy preparando para una competencia. Las observo seguir los pasos a través de los espejos que cubren gran parte del recinto desde el piso hasta el techo en forma de cúpula, y ya casi están listas, solo debemos afinar algunas posturas porque la coreografía sale genial. Estoy orgullosa de ellas, de su destreza y entereza; feliz de haber visto ese anuncio, de tener el valor suficiente para presentarme a la entrevista y de que Concepción Randisi, una mujer mayor, con profundos ojos celestes, menudita, de cabello corto, teñido de rubio ceniza, viera el potencial en mí.

—¡Felicitaciones, grupo! —exclamo cuando finalizan—. Nos vemos la semana que viene, no se olviden de los permisos de viaje —les recuerdo observando a través del vidrio la oscuridad de la noche.

Una a una se despide de mí hasta dejarme sola. Bajo la intensidad de las luces hasta el tope y llegó el momento que más me gusta, tener la pista a mi disposición para dejarme llevar y crear con soltura, de forma espontánea. Lo que más admiro de este espacio son sus pisos de madera contrachapada de aluminio, decorados con rombos en blanco y negro, el brillo que desprenden y cómo se refleja en los grandes ventanales acristalados que reemplazan una pared entera. La cámara encendida de mi celular graba los movimientos que fluyen desde mi interior, mi cuerpo palpita incontrolable. Los compases se funden uno a uno con la sangre que burbujea en mis arterias. Creo un *Bubble*, la vibración de este movimiento nace en mis rodillas, se desplaza por mis muslos hasta alojarse en los cachetes de mi culo, y lo combino con un meneo de pecho. Deslizo mis manos por todo el torso hasta las hebras de mi pelo suelto, lo alboroto al compás de *Hello* de Ozuna y Karol G. Recorro la pista con maestría y habilidad, giro en el lugar con una pierna elevada, flexionada y al hacerlo me choco con un par de ojos que me observan desde la negrura. Eso no me detiene, al contrario, me envalentona. Dejo fluir lo que siento cuando bailo hacia el exterior, lo libero, hasta que estalla a mi alrededor bajo su escrutinio. Caigo al piso de rodillas, ondulo el torso y le sumo un *shake*, sacudo mi trasero con movimientos cortos de cadera, arriba y abajo, hago giros con mi cabeza, mi pelo vuela, hasta que, arrastrada por la

marea, animada por el deseo de sus iris, la canción llega a su fin. Me desplomo sin una pizca de delicadeza en el suelo, agitada, transpirada, feliz y agotada. Me exprimí. El sonido de unos pasos que sé bien a quién pertenecen me sacan de mi momento de relax. Estaba segura de que a esta hora ya no quedaba nadie en las instalaciones, hasta que lo vi, hasta que choqué con esos faroles verdes que encendieron mi piel. Me quedo boca abajo con los párpados caídos y el rostro escondido con la intención de que se vaya por donde vino y eso no surte efecto, oigo sus pisadas cada vez más cerca. Siento su presencia en mi espalda, sobre mí, sin tocarme, ni rozarme, respirando sobre mi nuca desnuda.

—Lo que acabas de hacer fue perfecto, un movimiento mejor que el otro. Disfrutar de tu espectáculo solo para mi deleite me puso loco. No puedo dejar de pensar en vos desde que caíste del cielo, alborotando todo a cien metros a la redonda —susurra en mi oído. Sonrío sin dejárselo saber. Sus labios acarician mi piel y me estremezco de puro placer, no hay otra sensación más que esa—. Girá la cabeza, ojitos lindos, observá lo bien que nos vemos en el espejo, encajamos a la perfección —poseída por la candencia de su voz, por lo que dice, le hago caso. Nuestro reflejo es estupendo, como si nos hubieran tallado para encastrar el uno con el otro. Mi mirada resplandece, mi piel brilla.

La música, un tema distinto, más suave, un reggaetón romántico, *Hipnotízame* de Wisin y Yandel, inunda el estudio. Como si estuviéramos entrelazados por hilos indestructibles nos movemos, nos volvemos olas danzando al compás. Sus manos recorren mi cuerpo en cada movimiento, lo acarician con candencia. Si yo meneo mi cadera, él me imita. Si él perrea, yo lo sigo apenas rozando su físico. Conectamos como si fueran dos piezas de un motor, como un pistón y una biela. De repente me encuentro queriendo que esto no se acabe jamás, deseando que esto llegue más allá, que culmine como deba hacerlo.

—Si fuera mi decisión, te despojaría de cada prenda que me priva de descubrir tus rasgos, pero algo me dice que no estás lista, que no me lo vas a permitir. Me voy a ir, ojitos lindos. Vas a sentir el frío de mi ausencia, no te asustes, pronto vamos a terminar esto —susurra en mi oído sin dejar de mirarme con fijeza a través del vidrio. La canción llega a su fin, seguimos pegados, estáticos, él no me suelta y yo no quiero que lo haga. Tal como lo predijo, experimento su huida al instante, mientras que veo en el reflejo cómo me da la espalda y escapa de esta habitación. De golpe no está y todo esto parece una nube de humo que se disipó con urgencia. Recuerdo que mi celular está grabando y corro a buscarlo. Me dejo caer sobre el piso y le doy *play* al video. Me veo a mí misma bailando, soy testigo de cómo reacciono al advertir su presencia, lo veo acercarse, me sumerjo en las imágenes y mi mente traicionera me ve actuar con desparpajo, me transporta a lo que debería haber sucedido...

—No te das una idea de lo que tus movimientos me hacen, en este instante muero por arrancarte el pantalón que me priva de ver tus curvas desnudas, por destruir el top deportivo y morder tus pezones erectos —enumera con lentitud sosteniendo su musculatura con una sola mano y arrastrando la otra por mi espalda. Su toque casi imperceptible me pone la piel de gallina, me hace delirar de regocijo.

—¿Y qué esperas para hacerlo? —suplico inconsciente. Estoy al borde de un colapso mental severo. Lo que su contacto me hace, me desestabiliza, es desconocido, casi delicioso. Ni siquiera sé cómo se llama y por extraño que parezca me importa un bledo. Soy una mujer soltera, libre, necesitada de satisfacción... algo que él puede saciar y para eso los nombres no son prescindibles, al igual que la información adicional. Solo quiero su boca recorriendo mi epidermis y su virilidad taladrando en mi interior. Tengo una bestia dentro que desconozco, que yacía dormida, hasta que él puso un dedo sobre mí y la avivó. Elevo las cejas esperando que responda o actúe, pero no lo hace. Nos miramos a través del espejo, nos gozamos en silencio. Sus iris verdes me devoran y los míos, de diferentes colores, lo incitan a dar el siguiente paso. Con parsimonia deja caer su cadera y me apoya, me demuestra lo excitado que está, lo que yo le causo.

—No hay vuelta atrás, ojitos lindos —me advierte sin dejar de verme con fijeza. No comprendo qué me querrá decir con eso, mi razonamiento está nublado, atorado por el deseo que me atrapa y surca de pies a cabeza. Se pone de rodillas, toma mi pelo con una de sus manos como si fuera a atarlo y tira para atrás haciendo que arquee mi espalda, dejando mi cuello expuesto, accesible. Su lengua áspera y jugosa se desliza por cada espacio libre de mi físico. Gemidos agudos, apresurados, salen de mis labios entreabiertos sin pedir permiso. No sé qué me hace este hombre, me desviste el alma, apaga mis inhibiciones, logra que me sienta una mujer atractiva, deseada, y eso es magnífico, es una alegría para mi orgullo magullado.

—Ahora te vas a girar para que pueda deleitarme con cada una de tus expresiones cuando te tenga expuesta, lista, ansiosa por más; cuando me sumerja entre tus piernas y saboree cada gota de tu placer —solicita sin una pizca de autoritarismo, y como la golosa en la que me estoy convirtiendo le hago caso sin rechistar ni bien alivia el peso de su cuerpo sobre el mío.

—¿Terminaste con las órdenes para comenzar a actuar? —inquiero con desparpajo. Me desconozco.

—Es parte del juego, ojitos lindos. No seas codiciosa, todo a su debido tiempo. Nadie nos corre.

—¿Estás seguro? —cuestiono—, mirá que de un momento a otro puedo desaparecer —añado pícara trazando el contorno de su brazo. Se cierne, acerca su cabeza a la mía me tienta, me aspira. Cuando sus labios chocan con los míos, creo desfallecer, todo se desvanece a nuestro alrededor. Con toda la calma del mundo me desnuda, el frío del suelo alivia la quemazón que me asalta con cada roce. Se recrea mirando mi musculatura, mi anatomía, la graba en su retina, al igual que yo a medida que retira todo lo que me impide verlo.

Cuando me penetra me eleva a un viaje exquisito, alcanzo el universo con la punta de mis dedos. Cada vaivén de sus caderas me acerca más y más a ese punto culmine en el cual todo resplandece, vuelo hasta alcanzar las constelaciones que pueblan el cielo. Siento cómo se va formando la corriente, cómo se acumula dentro de mí, me encuentra, me recorre, estalla, traspasa las barreras. Mi primer orgasmo en muchísimo tiempo llena mis ojos de lágrimas de puro goce, me quiebro en miles de iluminaciones que suben y bajan en conjunto con mi respiración acelerada. Uno... dos... tres... bamboleos y se deshace en un bramido anhelado, tosco, me baña por dentro y fuera con el sonido de su quejido carnal.

Este hombre, un completo desconocido, acaba de regalarme, en el piso de mi aula, aun con la cámara grabando, unos minutos de absoluta satisfacción, en donde volví a verme como una mujer, en donde la química corporal detonó. Sin ninguna duda, si me lo permite, voy a repetir. Intuyo que podría hacerme adicta al néctar de sus labios, a la suavidad de su toque, a la candencia de sus caderas, a lo que desata en mí.

Suelto el celular como si fuera un carbón candente y me refriego la vista. Maldito subconsciente que me remarca la necesidad que tengo de volver a sentirme mujer, el deseo que este hombre despierta en mí. Me pongo de pie, junto todas las cosas que tengo desperdigadas por ahí, y me marchó con urgencia.

Llego a mi casa más tarde de lo común, oliendo a él, a lo que imaginé que hicimos, a lo que traigo grabado en mis huesos. Mi hogar está silencioso, Miranda debe estar durmiendo, mañana madruga para ir al colegio. Al pasar por el living veo que el televisor está encendido, lo que solo quiere decir una cosa: mi nona cayó rendida en el sillón aguardando mi regreso. Me acerco y la observo. Su cabello está poblado de canas, blanco y gris. Sus arrugas aumentan con el correr de las albas, está mayor, muy mayor, y sus acaches de la edad no se lo ponen fácil. En mi vida no conocí una mujer más luchadora e intuitiva que ella, siempre tiene las palabras adecuadas para entonar y una caricia de sus manos que obran magia. Siempre creí que ante la ausencia de mi nono ella lo acompañaría, y por suerte para nosotros, no fue así. No sé qué voy a hacer el día que

parta y no vuelva a abrazarme, no vuelva a oírla deambulando por los rincones. Con calma la despierto para que se vaya a descansar a su cama como corresponde. Abre sus ojos somnolientos y me sonríe con infinito amor. Tenemos el mismo color en nuestras cuencas, comparto mi heterocromía con ella, solo que invertida.

—Hola, hija. El cansancio me pudo —me comunica. Sé muy bien que ese no es el problema, la humedad la está matando junto con las alteraciones del sueño—. ¿Por qué te demoraste tanto? —*¡Ay viejita! Si te lo contara, no lo creerías.* Me río por dentro porque bajo ninguna circunstancia me animo a relatarle lo que sucedió, le daría un infarto. Mi nona es una mujer de costumbres antiguas.

—La clase se alargó más de lo esperado, estamos cerca de una competencia —le explico, ayudándola a levantarse—. Agarrate de mí brazo que te acompaño a tu habitación —le pido con amabilidad. Lo hace y caminamos lento hacia nuestro destino. La oigo quejarse por lo bajo, cuando pasa lapsos duraderos en una misma posición es fatal porque el dolor y la sensibilidad muscular aumenta—. Ya te dije mil veces que no hace falta que hagas esto, tenés que descansar —le recuerdo.

—Y yo te repetí hasta el agotamiento que soy adulta y hago lo que quiero —retruca con fastidio. A veces se comporta peor que su bisnieta.

—Está bien, nona, está bien. Te ayudo a acostarte —respondo suspirando. No tengo ganas de discutir. Le saco la bata, la dejo a los pies de la cama, y luego de correr la colcha, la secundo para que se recueste. Le beso la frente y la siento olerme.

—Elena, tenés un olor raro —entona desconcertada. La puta madre, no se le escapa una.

—Nada que ver, nona. Que descanses —expreso abandonando el cuarto.

Un plato de tallarines con albóndigas aguarda sobre la mesada de la cocina. Lo caliento en el microondas y me lo como poco a poco acompañada por *Te soñé de nuevo de Ozuna*. Estaba muerta de hambre. Lavo todo lo que utilicé observando la casa de mi hermano, otra vez está discutiendo con la pelotuda que tiene de pareja. La detesto, es una basura de persona que trata a Matías como si fuera un trapo de piso. Siguen y siguen peleando, bah, ella lo hace, porque hasta donde escucho, él trata de calmarla. Salgo encaminada a un punto en concreto, la puerta, la cual abro de sopetón, sin golpear y los dos se callan de pronto.

—¿Será que podés dejar de chillar, querida? —consulto apretando los dientes.

—Haceme el favor de irte por donde viniste, estúpida —ladra muy compadrona. Cómo me

gustaría darle una buena patada en el ojete a esta arrastrada.

—Te recuerdo, por si las pocas neuronas que te funcionan no lo captan, que estás en mi casa y al que estás agrediendo es mi hermano —retruco sin una pizca de paciencia. Hace el amago de acercarse y Matías la frena.

—Elena, andá tranquila. Verónica ya se relajó y no va a volver a levantar la voz —asegura él intercediendo, una vez más, entre nosotras.

—Si vuelvo a oírte gritar como vaca que va al matadero, te saco de los pelos a la calle. No insultes a mi hermano, porque la vas a pasar mal. Estás avisada —desembucho señalándola con mi dedo antes de largarme. No entiendo cómo la soporta, es una infumable que no hace más que herirlo. Llegué tan satisfecha, pero todo se fue al carajo. Vivir en ambientes contaminados es una costumbre que se va arraigando en tu interior. El agresor logra doblegarte hasta que te tiene en dónde y cómo quiere, hasta que puede manipularte a su antojo. Lo viví, sé bien lo que siente y él está a tiempo de salir ileso de esa relación que no le favorece. La agresión verbal lastima más que la física, la última se cura con el tiempo, la primera se estampa como un tatuaje en tu interior, manchando todo.

Antes de ir a la habitación que comparto con mi hija me doy una ducha renovadora con la intención de desprender el mal humor que me asaltó. Tengo que encontrar urgente la forma de tenderle una mano a mi hermano para que salga del pozo embadurnado de barro donde está metido antes de que sea tarde. Ingreso al cuarto despacio creyendo que Miranda está descansando y no es así.

—Hija, ¿qué haces despierta a esta hora? —pregunto al arrimarme a su cama. Le doy un beso y aguardo por su contestación.

—Hola, ma. Tengo que hablar de algo importante con vos —expone retraída. Algo le pasa, está triste.

—¿Qué pasa Miri? —me siento a los pies de su cama y le acaricio la pierna sobre las mantas. Detesto que sufra, la adolescencia no es fácil, menos si tenés padres separados y uno de ellos convive con una adicción. Apuesto mi ovario derecho a que su estado es culpa de Fernando.

—Papá quiere que me vaya a vivir con él —confiesa sin mirarme. Qué tipo más pelotudo. Le acaban de dar el alta y ya está enredando la mente de nuestra hija. No me queda otra que armarme de todo mi autocontrol para que no note lo enojada que estoy con él.

—¿Y vos qué querés hacer? Sabés que yo te voy a apoyar en todo lo que decidas, siempre y

cuando te haga feliz y por lo que deduzco este no es el caso.

—No quiero, mamá. Tengo miedo de que no se tome muy bien mi decisión. No sé cómo decirle que no —responde llorando. La sujeto entre mis brazos con fuerza, la consuelo. Me parte el alma con cada lágrima derramada.

—Miri, yo no puedo meterme. Tenés que hablar con él y decirle lo que sentís, es tu papá —ella continúa desahogándose en mi pecho. La dejo hacerlo por un tiempo y cuando se suelta seco su rostro con ternura. Ojalá pudiera absorber su dolor y transformarlo en alegría.

—¿Puedo pedirle que venga y decírselo acá? Si están ustedes, no va a reaccionar mal.

—Hija, tu papá se portó mal conmigo, se equivocó. Tenía una adicción que nublaba su juicio, pero jamás te trató mal. Te ama, y si te pidió esto es porque te extraña y quiere compartir tiempo con vos. No creo que sea justo que le tengas miedo, no es capaz de lastimarte.

—Pero te lastimó a vos, mamá —interrumpe.

—Sí, mi amor, lo hizo, pero nunca te involucró a vos en sus diferencias conmigo.

—No me importa, le tengo terror y no quiero volver a vivir con él —refuta con seguridad.

—Está bien, amorcito. Es tu resolución y tiene que aceptarla. Mañana lo llamás, le pedís que venga y lo hablás —ella asiente con su cabecita poblada de rulos despeinados y vuelve a acostarse. La arropo con amor antes de darle las buenas noches. Saco mi pijama de debajo de la almohada, me enfundo con él detrás del biombo que tenemos en una esquina y corro a la cama. Mañana, bah, hoy, madrugo solo para hacerle el desayuno y despedir a mi hija cuando se va al cole, después puedo volver a taparme completa por un rato más, mis clases son por la tarde. Apago el velador y me dejo envolver por el sueño.

La competencia salió mejor de lo esperado, nos volvimos de Mar del Plata con el segundo puesto, llenas de momentos para atesorar. Mis chicas lo hicieron perfecto, estoy orgullosa de ellas. Mi valija viajó de regreso recargada con regalos para mi familia, en especial para Miranda que la enloquecen los conitos de *Havanna*. La caja me salió una pequeña fortuna, pero nada me interesa con tal de ver la felicidad explotando en sus facciones. Al final ella tomó el valor necesario y habló con su papá bajo la vigilancia de mi hermano y mi nona. Él supo entender por qué ella elige quedarse conmigo, comprendió que la hirió de forma indirecta y que debe trabajar para ganarse su confianza.

Luego del viaje me tomé el fin de semana para estar con mis seres queridos y descansar. Salí a caminar con mi nona, siempre a su ritmo y con todas las paradas que ella quisiera hacer, eso la ayuda a aliviar el adormecimiento de sus manos y pies; la cuidé y mimé todo lo que pude. No me olvido de que quizás en algún momento, por culpa de su enfermedad, empeoren sus problemas de memoria. Con Miranda fuimos a caminar por la Avenida Corrientes, mejor conocida como “la calle que nunca duerme”, la vía que durante el día es intransitable por el flujo continuo de autos, colectivos y taxis, y por la noche desde Callao hasta Florida, en parte, es peatonal. Nos entretuvimos en las librerías, viendo las ofertas teatrales y nos sacamos fotos con aquello que nos gustaba, nos reímos como hacía tiempo no pasaba. La puesta en valor quedó realmente hermosa, valió la pena. Terminamos nuestra noche de chicas en *The Cavern Café* devorando dos hamburguesas dobles etiquetadas como “*Ringo Ringo*”, que tenían *mozzarella*, jamón, salsa, rodajas de tomate, aceitunas, orégano y papas fritas. De postre nos clavamos, a pesar de que ya no nos entraba nada en el estómago, un “*Blackbird*”, conformado por *brownie* con nueces, helado de americana, bañado con salsa de chocolate, lluvia de cacao y obleas. ¡Una bomba! Mi pequeña está creciendo, los cambios comienzan a notarse, se está convirtiendo en una señorita y todo eso me aterra, en nada va a querer salir sola, con sus amigas, asistir a la matinée o simplemente pasear por el *shopping* con sus compañeras. No puedo quejarme, tiene buenas notas, estudia, colabora en la casa, pide lo justo y necesario y si por algún inconveniente tengo que decirle no a algo, no hace berrinches. Al parecer, mi trabajo como madre me sale bien, eso me llena de orgullo.

La semana previa a todo esto se fue volando y al desconocido que me hizo temblar de ansias aquella noche no volví a verlo, eso sí, miré el video en más de una ocasión, solo para envalentonarme y recrear en mi imaginación las sensaciones producidas. Alguna que otra noche soñé con sus manos palpando mis curvas, con nuestros cuerpos danzando sincronizados y me desperté transpirada, agitada, ansiosa por una degustación en toda regla.

La mujer de mi hermano se fue a visitar a sus padres y por fin puedo estar con él a solas. Siempre fuimos muy unidos, nos contábamos todo hasta que dejamos de hacerlo y en este último tiempo lo volvimos a intentar. Hoy toca salida, vamos a ir a un bar donde cantan algunas bandas que hacen tributos. No me convencía mucho la idea, no estoy cómoda en espacios reducidos, en donde te empujan, te contaminan con sus olores o los tipos se hacen los machos de América. Matías me juró que este lugar no es así, que vamos a estar en una mesa apartada del tumulto, con eso me alentó a aceptar.

Adoro mis *joggings* anchos, mis calzas y *shorts* deportivos, pero cuando hay que producirse le pongo lo mejor de mí. Llevo mi cabello suelto, un poco de maquillaje, mis ojos delineados en

negro para que resalten, un pantalón engomado chupín de tiro alto, y un top blanco que deja poco a la imaginación. Hoy voy a lucir mi vientre plano y firme. En los pies unos borceguís negros y de abrigo una campera de cuero. Salgo de mi cuarto luego de rociarme bastante perfume y me reúno con él en la cocina.

—¿Estás lista? Sos una calesita, hermana —rezonga abriendo los brazos.

—Sí, ya estoy, mamerto. ¿La nona y Miri dónde están?

—En la cama, la ayudamos hace un ratito. Estaba muy cansada. Miri se quedó con ella, me prometió que la va a cuidar y que cualquier cosa nos llama.

—Está cada día peor, Matías. Me angustia no poder hacer más. El reumatólogo le recomendó que haga hidroterapia, ya la anoté, pero no termina de convencerse. También me recordó que no puede dejar de ver al fisioterapeuta.

—Sí, me di cuenta de que cada vez pasa más tiempo en la cama o sentada en el sillón y le cuesta el doble pararse. Estaba pensando en mandar a remodelar su baño y que se lo hagan más práctico, más acorde a su condición.

—Eso está bueno, el mes que viene puedo renovar el crédito que saqué para pagarle al abogado y darte al menos a mitad para pagar los arreglos —comento al acordarme. Si hay algo que siempre hacemos es repartirnos los gastos de la casa y de las cosas de nuestra nona.

—No te preocupes por eso, tengo algo ahorrado, saco de ahí y más adelante lo reponemos —resuelve de forma inteligente. Es un bocho y lo adoro.

—Bueno. ¡ARRIBA EL ANIMO QUE NOS VAMOS DE JODA! —chillo para que cambie la carita de tristeza—. Las saludo y nos vamos —doy media vuelta para marcharme y lo oigo decir:

—Dale, nena, se nos hace tarde por tu culpa —me rio, le regalo un lindo *fuck you* y sigo mi camino.

Me despido de las dos mujeres que más amo en este mundo, cierro la puerta con llave y nos subimos al *Uber* camino a gozar de la noche. En el trayecto bailamos y cantamos dentro del coche, pobre chofer, lo estamos asesinando con nuestra entonación de mierda. Nos matamos de risa. Ya dentro del establecimiento, que cuenta con *karaoke*, al que seguro los amigos de mi hermano van a hacer que suba, me despojo del abrigo y me relajo. Hay un promedio de gente aceptable, no tanta como me imaginaba y eso me alegra. Tarareo las letras que emiten los parlantes mientras Matías pide lo que vamos a tomar. No suelo tomar alcohol, más que algún

vaso de *Fernet* en casa cuando él prepara, tengo que cuidar mi estado físico. Los amigos de mi hermano comienzan a llegar haciendo alboroto. Los conozco a todos desde que era chica, para ellos siempre fui y voy a ser Elen, la pequeña, todavía no me olvido de cómo espantaban a los buitres que me rondaban en la secundaria. Las anécdotas y las risas no tardan en fluir aclimatando la zona. Me divierto como pocas veces lo hago, como la mujer joven que soy. Tengo treinta años y vivo actuando como si fuera mucho mayor. No sé lo que es disfrutar. Haberme casado y embarazado cuando era adolescente hizo que me perdiera de mucho, que me encerrara en mi papel de ama de casa, esposa y poco más. Hoy me doy cuenta de que pasé recluida la mayor parte de mi vida, que no sé lo que es estar en pedo y cometer locuras, salvo la del otro día que fue producto de mi imaginación. Jamás fumé un cigarrillo, ni probé drogas. Nunca me trancé a un chabón en un boliche porque sí. Maduré de golpe perdiendo en el camino mucho por hacer, quemando una de las etapas más lindas para las personas. Si tengo que ponerle una etiqueta a mi juventud esa sería ABURRIDA, porque así lo fue y eso se terminó. Puedo ser madre y mujer. Puedo ocuparme de mi trabajo y divertirme a la vez. Puedo pagar las cuentas todos los meses y apartar unos centavos para mí. Puedo hacer lo que se me cante sin rendir explicaciones. Puedo ser una prioridad sin dejar de lado a mi familia. Puedo ser quien quiera y sentirme libre por un rato.

Llamo a la camarera y le pido tres rondas de tequila para todos. Mis acompañantes me observan desorbitados y yo me encojo de hombros. Ella no demora en traer el pedido, y antes de empinar el mío grito:

—¡Nos volvemos en remis!

Todos aplauden ante mi desparpajo y nos preparamos. Mojamos con la lengua la piel entre el pulgar y el índice, ponemos la sal que se adhiere a la humedad y a la cuenta de tres, con el chupito y la rodaja de limón en la mano, lamemos la sal, bajamos el líquido, que quema mi garganta y sorbemos el ácido. Repetimos la acción dos veces más matándonos de risa. Ahora entiendo por qué solo una parte de la población elige esta bebida, te nubla la razón al toque. Un par de vasos de birra de más logran que me adueñe de la pista de baile. Me importa un bledo la gente encimada y no tener un compañero, no es necesario. Soy capaz de hacer esto solita. Cierro los ojos ante el tema que suena y me dejo llevar, muevo mi cuerpo como la profesional que soy, sacudo mis caderas marcando un *twerking* detrás de otro, primero solo en el lugar subiendo y bajando mi cadera, estirando una pierna antes que la otra. Cambia el ritmo y los compases me llevan a hacerlo de lado, intercalando el peso de una cadera a otra frenando en el medio. ¡Amo hacer esto!

De la nada siento un leve roce en mi espalda desnuda, el toque se me hace conocido, pero no

puede ser él, es imposible. El alcohol se me subió al marote y pienso pavadas. La piel se me eriza, tiemblo solo por imaginar que quien me toca es quien deseo.

—Tu *twerking* es perfecto. Aún te siento ondeando el cuerpo abajo mío —susurra bañando mi mejilla con la tibieza de sus palabras. Me sujeta de la cintura, ahí donde solo hay piel, y tira hacia atrás. Choco con su pecho. No quiero abrir los ojos, así estamos genial. Me sigo sacudiendo lento contra él, mientras que sus codiciosas manos surcan mis laterales. Su erección crece y yo me derribo de placer, ni en mis mejores sueños me lo volvía a cruzar, tanto que, si no hubiera sido por el video, estaría segura de que fue un holograma proyectado por mi mente. No sé qué me hace este hombre, pero me puede, me emboba de goce. Me giro entre su agarre, y sus extremidades van directo a mi culo, lo aprieta, lo amasa y yo lo dejo que haga conmigo lo que quiera en el plano sexual. Mete una de sus piernas entre las mías y danzamos sincronizados. Junto a él mi cuerpo es lava, un volcán a punto de erupcionar. Su lengua traza el contorno de mi cara, mi mentón y mis dedos surcan sus brazos hasta depositarse en su cuello. Levanto mis párpados y lo miro. Las luces nos bañan por completo. Está tranquilo, gozando la anticipación, sus pupilas me encandilan de deseo y esos labios finos, tentadores, claman por los míos. Me elevo sobre la punta de mis pies y lo devoro, me fundo en su boca. La música cambia y nosotros seguimos deslizándonos nuestra pasión por la pista. Mi parte cachonda ignora que mi hermano y sus amigos están por ahí, que seguro nos vieron, que todos nos ven. Me importan poco y nada, no puedo separarme del anhelo que sus besos me brindan. Me aparto solo por un segundo para recuperar el aire y lo veo sonreír, jamás creí que un gesto pudiera encenderme por dentro como un fósforo expuesto al fuego. Quiero que nos vayamos, que nos perdamos horas enredados en una cama, descubriendo cada recoveco de nuestro interior. ¿Voy a poder hacerlo? ¿Seré capaz de dejarme llevar y entregarme sin miedo ni reparos a mis ansias? Si no lo intento, me voy a quedar con la duda, esa guacha traicionera que me tiene en vilo desde que lo vi por primera vez. Me acomodo cerca de su hombro con osadía, una recién adquirida, y luego de lamer el lóbulo de su oreja le exijo que me saque de acá, que me lleve a donde quiera para hacerme perder la poca cordura que me queda.

—Busca tus cosas, nos vamos ya —solicita. Le obedezco y camino hacia nuestra mesa. Matías no está en ningún lado visible, le pido a uno de sus compañeros que le avise que me voy y recorro los metros que me separan de él, de una madrugada de frenesí.

El trayecto en el auto se hace eterno, a pesar de que no lo es, vive cerca de la zona de boliches, de mi casa, y nunca me lo crucé. Música en un volumen bajo y respiraciones aceleradas es todo lo que se escucha dentro, no sé quién está más codicioso.

Entramos a su departamento a los tropezones, somos un manojito de extremidades luchando

con la ropa que nos estorba. No perdemos ni un segundo, no me deja razonar, me levanta sin problema y me estampa contra la pared entrando en mi interior de una sola estocada. Las sensaciones me cruzan entera, de punta a punta, me arqueo y grito ante su potente intrusión. Su boca ataca una de mis tetas sin compasión, sus lametazos acompasados con el vaivén de sus caderas me absorben, tiemblo. Aire, necesito aire, clava sus dientes en mi pezón y lo experimento, comienza a formarse en mi vientre una ola que voy a cabalgar con gusto. Me rompo en mil partes cuando alcanzo el clímax, clavo mis uñas en su hombro, en su nuca, y lo dejo fluir, noqueada durante unos envites más. Apoya su frente sobre mí, me muerde, me marca, me acompaña en el tsunami de placer y me desplomo en él, me entrego a esto que no sé qué es. Somos un conjunto sinfónico de gemidos en esta estancia muda. Podría quedarme entre sus brazos para siempre, y sentir eso me asusta mucho. No sé qué estoy haciendo, ni con quién, en definitiva, me volví loca por completo. Dejarse arrastrar por los caprichos nunca es bueno.

—Me tengo que ir —anuncio sin ganas, es lo que corresponde. Obtuvimos lo que queríamos, listo. Él gruñe acobijado sobre mi piel, bañando mis rincones con su aliento en calma, no me suelta.

—Ojitos lindos, no quiero que te vayas —murmura agotado. Yo tampoco lo quiero, pero tengo que hacerlo, se supone que esto es así, descontracturado, libre, ¿o no?

—Ni siquiera sé cómo te llamás —reprocho.

—Valentín, ojitos lindos, soy Valentín —suspira con facilidad. Lindo nombre para un hermoso hombre. ¿Cómo se sentirá paladearlo?

—Mucho gusto, soy Elena —respondo. Él se ríe, y sin quererlo, lo imito. Esto no puede ser más irreal. Nosotros tomamos esto por el final, muy atravesado.

—Para mí, sos ojitos lindos. El día que chocaste conmigo no podía creer que tenías uno color marrón y otro verde, era una visión, me embrujaste —asegura. Me baja sin soltarme. y mis pies chocan con el piso helado, un escalofrío me recorre entera. No sé si es por esto o porque me siento vacía al no tenerlo atado a mi interior.

—No me hagas reír más, por favor. Yo no puedo embrujar a nadie, tengo menos gracia que un mimo.

—Decís eso porque no te ves a través de mi mirada —determina delineando mis facciones. La huella que deja su toque hormiguea en mi piel.

—Enserio, me tengo que ir —repito. Tengo que escapar de sus brazos, ¡urgente! Acá, entre

él y yo, nada se puede malinterpretar. Esto es sexo, solo carnal, delicioso y delirante sexo, me lo tengo que grabar bien en la mente. Con calma y reticencia, me libera; corro a juntar mi ropa. Me visto lo más rápido que mis extremidades me lo permiten, de espaldas a él y al estar lista me giro a verlo. Sigue como su madre lo trajo al mundo, sentado en el suelo, exhibiendo lo que porta sin pudor alguno. ¡Ojo! No tiene de qué avergonzarse, fue tallado por Alondra, una compañera de la academia y la mejor artista de arcilla. Y pensar que hasta hace unos segundos jadeaba solo por mí. ¡Papito!

—Si me seguís observando como si fuera un churro de *Manolo*, no te voy a dejar abandonar esta casa.

—¡Perdón! —me disculpo avergonzada, corriendo mi vista.

—Dame cinco minutos que me cambio y te llevo —demanda y se pone de pie. ¡No puede estar más bueno!

—¡NO, NO! —chillo—. No hace falta, me puedo tomar un *Uber*, no vivo lejos de acá —agrego más tranquila.

—Elena —advierte usando mi nombre. Menos mal que iba a llamarme siempre por el apodo que me puso—. No te vas a ir sola a esta hora. Dejame llevarte, por favor —suplica detenido a un palmo de distancia. Retrocedo todo lo que el espacio me permite hasta que caigo de culo en un sillón. Verlo erguido frente a mí hace agua mi boca, babeo. Esto no puede ser posible, algo se me metió dentro del cuerpo, me desconozco. Me pone a punto de la nada, bueno, de la nada no, tiene con qué: esos abdominales cincelados, esas piernas firmes, esos brazos fuertes, sus facciones, esos labios que quiero devorar en todo momento, sus manos. ¡Por Dios! Sus manos son lo que más me gusta de él, en conjunto con su falo erecto que me atrae. Me avergüenzo de mis pensamientos. El calor de mi sentir trepa, se aloja en mis mejillas. Se agacha a mi altura y eleva mi rostro. Me analiza, ahonda en mi ser buscando algo. Lo que aún no sabe y jamás sabrá es que no hay nada para encontrar, solo vacío, cicatrices que me convierten en un monstruo desfigurado que se esconde en el lugar más remoto del espacio.

—Por favor, Valentín —pido oyendo lo bien que se escucha su nombre saliendo de mi boca—. Voy a salir por esa puerta y vos te vas a quedar acá, lejos de mí. No dispongo de tiempo para esto, veo el anhelo nadando en tus pupilas. No soy la mujer que buscás, pensás o deseás. No tengo nada para ofrecer y vos te merecés lo mejor.

—Eso lo decido yo, Elena —irrumpe con un dejo de tristeza.

—Sí, estás en lo cierto, y yo decido por mí —finiquito. Me arrimo a su mejilla y lo beso con

cariño—. Hasta nunca —expongo antes de ponerme de pie, manotear mi cartera y cerrar la puerta detrás de mi espalda. Tal como lo pedí, me deja ir para volver a encerrarme en mi zona de confort, para lamer mi autocompasión y continuar con ese continuo boicot que me impongo cuando algo amenaza con arrancarme hacia lo desconocido.

En la vuelta a casa experimento lo que es encontrarse relajada al tope, no recordaba lo bien que le caía a mi sistema un buen polvo, uno por elección, por deseo, por calentura, no por obligación. Todavía sigo pensando de dónde saqué la osadía para sucumbir al poder de seducción de alguien que solo vi dos veces y más si tengo en cuenta que con el único que me acosté a lo largo de mi corta vida fue con mi exmarido. De todas formas, ya era hora que tirase la chancleta por la ventana y comenzara a disfrutar de mi soltería. No es posible que la desconfianza, el temor, las marcas sigan dirigiendo mis trayectos.

Día tras día me ocupo de todo lo necesario. Mi nona está sufriendo cada vez peor por culpa de su fibromialgia, prácticamente no puede caminar si no es con ayuda nuestra o con el andador. El reacondicionamiento del baño ya está terminado, así como los demás arreglos que hicimos en la casa para que pueda desplazarse a sus anchas. Me parte al medio verla decaer poco a poco. Su fatiga se intensificó, su estado de ánimo está más volátil que nunca, tanto que ya no quiere salir. El fisioterapeuta viene a casa para continuar con el tratamiento y con esto solo debemos convencerla de ir a hidroterapia, tarea nada fácil, pero que logramos llevar a cabo. Ya solicitamos en PAMI un acompañante para que la cuide cuando no estamos, pero está demorando más de lo previsto. La burocracia de este sistema de mierda me cansa, es infernal, te complica todo y estoy agotada de discutir con los empleados que te toman el pelo. Veo a los viejitos ir y venir, ser maltratados y darse por vencidos porque no entienden. Cada vez que voy me saco de quicio, no comprendo cómo las familias no los ayudan y los dejan solos. Ya lo hablamos con mi hermano y si para esta semana no lo mandan, vamos a contratar a alguien, así tengamos que trabajar el doble. Todo por ella, porque esté bien el tiempo que le quede a nuestro lado.

Matías se separó, al fin esa idiota se fue para no volver. Las primeras horas fueron fatales, hasta que se dio cuenta que sin ella iba a estar mejor. Aquel domingo no perdió la oportunidad de interrogarme. Me había despertado con resaca y no tenía ganas de aguantar su hostigamiento por toda la casa, cuando se lo propone es peor que un grano en el culo. Me jodió tanto que terminé desembuchando todo, eso sí, me guardé los detalles sórdidos.

A Valentín no lo volví a cruzar, ni supe nada de él. Es evidente que no estuvo dentro del

instituto y si lo hizo, no me buscó. No sé qué pito toca allá, deduzco que puede ser bailarín o profesor, porque llamó a uno de mis movimientos por su nombre y no por un simple meneo de cadera, como alguien inexperto lo habría hecho. La intriga por instantes me puede y sé bien que preguntando la podría saciar, igual me niego a hacerlo, no estoy en condiciones de ocuparme de eso, tengo cosas más importantes que solucionar y como siempre, algunas cosas dejan de ser una prioridad. No debería ser así, pero es inevitable. Lo mío puede esperar, la enfermedad de mi nona, las tareas de Miranda y las cuentas a pagar no lo hacen. Fernando no me está pasando ni un centavo, ni siquiera para lo mínimo e indispensable de su hija. Tuve que solicitar más horas de clases, con lo que cobro no me alcanza para cubrir todo. La mercadería aumenta, los impuestos también y Miri cada vez solicita más cosas. Matías ayuda, pero igual no basta. Estoy agotada psicológicamente y esto de pelear entre lo que deseo y lo que debo hacer me trae malos recuerdos, de esos que me obligaban a permanecer con un hombre que me maltrataba. Lo mío no es vida, estoy maldita o soy pelotuda, no hay otra. Supongo que las costumbres no se pierden tan rápido, se arraigan tanto en tu interior que es difícil erradicarlas. Quizás si vuelvo por un poco de sexo pueda superar esta angustia, la abstinencia de sentir algo que me enloquece, me relaje y libere la hecatombe que tengo dentro. ¿Sería muy infantil preguntar por ahí por él solo con su nombre? Sí, lo sería. Ni siquiera sé su apellido, aunque con una descripción física alcanzaría, no es un hombre que pase desapercibido. Sacudo la cabeza para ahuyentar las ideas boludas que me asaltan y me concentro en mis tareas. Dejo ropa lavando y me voy a colgar la que acabo de sacar del lavarropa automático que me traje de mi antigua casa cuando el semiautomático de acá se rompió. Mi nona, como buena vieja testaruda, se negaba a usar este cacharro, como lo llama, hasta que no pudo escurrir las prendas por la falta de fuerza y no le quedó otra que aceptarlo. La vecina de al lado me saluda desde su alero trasero y se lo devuelvo maniobrando con el canasto de los broches y el fuentón. Termino con esta tanda y me acerco a lo de mi hermano, entro sin golpear, como siempre, y me llevo la sorpresa de mi vida. ¿Qué hace él acá? Me quedo muda de la impresión, en cambio, él no parece afectado. ¿Sabe quién soy?

—Elen —saluda mi hermano al salir del baño.

—¿Tenés algo para lavar? —inquiero pasmada. Matías me observa con el ceño arrugado ante mi falta de modales.

—Sí, ya te la traigo —asegura—. Te presento a Valentín Alcaraz, hace un rato me comentaba que está cubriendo una suplencia en el instituto donde trabajás vos, es bailarín y un amigo le pidió que lo cubriera por un tiempo —entona como si nada, en clara referencia hacia el pelotudo que se olvidó de confesarme que conoce a mi hermano. Él, muy campante, camina pausado hacia donde estoy, envolviéndome con sus facciones definidas en una linda sonrisa. No

sé si quiero saltarle encima para pegarle o devorarlo a chupones. Sin esperar mi aceptación, obviando mi furia, se inclina y me planta un beso en la mejilla, dejando a su paso una estela de su amaderado aroma. ¡Lo odio por ser irresistible!

—Hola, ojitos lindos. Me fascina tu carita de sorpresa —musita. Cierro mis párpados cuando oigo el tono de sus palabras deslizarse por mi cutis. Un escalofrío vuelve a recorrer mi interior cuando lo huelo. Abro mis faroles alarmada al darme cuenta de que Matías puede estar observando nuestro intercambio. Por suerte no está a la vista.

—Se te puso la piel de gallina, Elen —acota usando la abreviación de mi nombre que solo mi familia emplea.

—Guardá las distancias, cara dura —exijo entre diente—. Te hiciste el otro de la mejor manera y detesto a la gente mentirosa, me ponen los pelos de punta —pronuncio enojada.

—No te enojés, Elen. No fue intencional, sino una casualidad —se defiende.

—No me interesa y dejá de llamarme así, solo mi familia lo hace —le advierto pasando por su lado. Entro al cuarto de mi hermano, junto toda la mugre desparramada en cada rincón y vuelvo a salir.

—La próxima haceme el bendito favor de llevar todo esto al lavadero, es la última vez que lo hago. ¡NO SOY TU SIRVIENTA! —vocifero antes de azotar la puerta a mi espalda sin darle la posibilidad de contestar. Ni siquiera me importa que luego pida explicaciones de mi accionar.

—Hermanita —me llama—, decíle a la nona que Valen se queda a comer, vamos a hacer un asadito —chilla detrás de mí. Lo que me faltaba, la concha de la hermana que no tengo. Busco en todos los recovecos de mi mente una buena excusa para irme, para no tener que compartir la mesa con ese forro y no hay ni una. Con los años fui alejando a todas las amigas que tuve por vergüenza, no quería que fueran testigos de cómo me trataba Fernando y luego de separarme no me pareció justo buscarlas, no me dio la cara para regresar como un perro arrepentido, con la cola entre las patas. Esto es lo que logra un hombre manipulador, enfermo, que te quedes sola, te alejan de la realidad, de la gente, te envuelven hasta hacerte sentir culpable de todo, cuando la culpa es de ellos y su mente retorcida.

Me concentro en hacer lo que me falta antes de que Miranda vuelva de la casa de su amiga, en donde según ella están haciendo una lámina en grupo, cosa que no me trago. Tuve su edad y sé muy bien que en esas juntadas lo que menos se hace es la tarea.

El atardecer va llegando con calma, algo que no logro tener desde hace un buen rato. Jamás

me imaginé que Valentín era amigo de mi hermano, no tengo ni la más mínima idea de dónde se conocen.

—Buenas tardes, hija —saluda mi nona explotando mi burbuja. Ni siquiera la oí arrastrar su andador. Cómo quiero a esta vieja. Adoro su cabello gris, la tibieza de sus caricias, sus muecas arrugadas. Giro sobre mis pies y la observo con cariño. Siempre fue el centro de mi mundo. No pasó un día sin que cuidara de mí y cuando mis padres fallecieron en un accidente, no dudó ni por un instante en hacerse cargo de nosotros. Nos educó, protegió y amó siempre.

—Al fin te despertaste, nona —expreso sonriente—. ¿Tomamos unos mates?

—Sí, hija —responde tomando asiento en una de las seis sillas que descansan junto a la mesa de la cocina. Lleno el jarro de leche y lo pongo a calentar. Cargo el mate con yerba, le pongo unas cáscaras de naranja y deposito todo en la bandeja.

—Antes que me olvide —rememoro como si fuera posible hacerlo—. Tu nieto favorito está con un amigo que se queda a cenar. Van a prender la parrilla.

—¡Qué bueno! Parece que la noche está ideal para disfrutar del aire libre —manifiesta contenta, le encanta recibir visitas.

—Ponele —balbuceo vertiendo el líquido en el termo que solo usamos para esto. De pasada le doy un beso en la frente y le dejo todo lo necesario para que beba los mejores mates de leche que existen y que no le afectan a su estómago, con toda la medicación que ingiere, la mayoría de las cosas le caen como una patada al hígado.

Un rato más tarde, Matías trae todo para la cena, seguido por su acompañante. No puede estar más fuerte, hoy va enfundado por una remera gris cuello V manga corta y una bermuda negra cargo, de esas con bolsillos a los costados. Me lo estoy comiendo con la mirada, literal, lo sé, porque sonrío con altanería. Mi nona, como siempre tan amable, le invita un mate advirtiéndome antes que es de leche. Él, con esa voz que me desestabiliza, le cuenta que es la primera vez que escucha sobre este estilo y lo acepta para probarlo. ¡Cómo me gustaría ser bombilla! Su expresión al sorber enciende todas las alarmas de mi físico, de mi corazón. Detesto que tenga esa pizca de poder en mí. Y así como entraron, se fueron, dejándome atontada. Es humillante mi actuar, por favor. Guardo todo lo que va en la heladera bajo las órdenes de mi nona, no puede manejar su genio y la dejo, si es feliz, que lo siga haciendo. Preparo los ingredientes para las ensaladas, salo la carne, lavo los chinchulines, los trenzo y condimento para que tomen gusto. Ayudo a mi nona a levantarse, se va a mirar tele a su habitación, no soporta estar sin hacer nada. Subo el volumen de *YouTube* al escuchar que comienza *No se me quita* de Maluma y Ricky

Martin, una canción que me encanta. Muevo mi cuerpo al compás de la música mientras hago lo mío con las papas, la zanahoria, los huevos y las arvejas para la rusa.

No lo oí entrar, en cambio, sí palpé sus inconfundibles manos sujetando mi cintura. Acaricia mi nuca desnuda con su nariz. Cuando me toca todo se desvanece, solo somos nosotros, nuestro deseo. Me siento borracha bajo su aroma, amnésica.

—Si alguien nos ve vamos a tener que dar explicaciones que no queremos, ni podemos relatar —musito, moviendo mi cuello inquieta, mis caderas a la par que las suyas. Corriente pura me recorre de pies a cabeza.

—Silencio, delicioso silencio que me permite oír las señales de tu cuerpo: tu respiración acelerada, los latidos de tu corazón desbocados, la sangre en tus venas hirviendo. No podés resistirte, yo tampoco, no quiero encadenar esto. Me gustás, me enloquecés y me cuesta un infierno mantener mis manos en los bolsillos y lo otro en los pantalones —un angustioso gemido huye de mi interior, imperturbable, contagioso. La estela que su aliento deja sobre mi piel húmeda me trastorna.

—Basta, por favor, basta —suplico al sentir sus dedos colándose por debajo de mi musculosa, delineando el elástico de la calza que llevo puesta. Tiemblo íntegra, tanto que, si no fuera por su agarre, ya estaría derretida—. No es el momento, ni el lugar idóneo para esto, Valentín.

—Te voy a dejar en paz porque Matías está viniendo y no quiero que piense que estoy perturbando a su pequeña hermanita, a la que protege de todo aquel que quiera arrimarse. Si supiera que ya estuve entre tus piernas —comenta antes de chupetear el lóbulo de mi oreja. Experimento su ausencia al instante, aire frío se cuela por cada rincón de mi ser—. Mejor me dedico a preparar el *Fernet* mientras mi calentura se disipa —no puede ser más directo, me encanta ese detalle de su personalidad. Reprimo una sonrisa de victoria al saber que no soy la única perjudicada.

—En el freezer hay hielo —expongo con doble sentido—. Digo, por si querés echar unos cubitos adentro de tu bragueta, no vaya a ser cosa que mi hermano se dé cuenta y te castre —agrego encogiéndome de hombros y riendo divertida.

—¡Mami, ya llegué! —grita mi hija interrumpiendo nuestro intercambio. Me doy vuelta para ver la reacción, su reacción, toda esa sorpresa decorando su rostro me agrada. Ya tiene un motivo para salir de raje y no volver a buscarme.

Miranda ingresa a la cocina como el huracán que es. Trae los rulos, heredados de su padre,

suelos, alborotados, una sonrisa dibujada en sus mejillas y sus ojitos verdes brillantes. Esta criatura no viene de hacer ningún grupo, no me embauca.

—Hola, mi vida. Al fin volviste —comento abrazándola—. Ya era hora. ¿Cómo les fue con la tarea? —despejo su cara de los pelos que la tapan y la observo con curiosidad.

—Requete bien, ma. Ya la terminamos, el lunes la presentamos —me cuenta confiada, escondiéndose de nuevo en mi pecho, rehuyendo a mi escrutinio.

—Me alegre, ojalá se saquen una buena nota, seguro va a ser así después de todo el tiempo invertido —dejo caer despreocupada. Huye de mi agarre y se paraliza cuando ve que tenemos audiencia. Me mira primero, luego a él, que permanece firme observando la escena. Por lo visto, Matías obvió un pequeño detalle, no le dijo que tiene una sobrina en plena adolescencia, al menos reserva mi intimidad.

—¿Y vos quien sos? —pregunta fichándolo de arriba abajo. Qué pendeja sobradora es a veces. Él sigue callado, no sale del asombro—. ¿Sos mudo? —contraataca ansiosa. Me río, perdón, me río fuerte y claro porque no logro entender cómo una niña lo desestabiliza.

—Es un amigo de tu tío que se va a quedar a comer.

—Menos mal, creí que estaba con vos. Debería haberme imaginado que no era así. ¿Ma? —llama.

—¿Qué, Miri?

—Este tipo es raro, me mira de forma extraña —acota con soltura. Tendrían que verla, parada en medio de la cocina, con las manos en la cintura, zarandeando el pie, muy flemática.

—Lo siento, Miranda. Me dejó sin palabras el parecido que tenés con tu mamá. Mucho gusto, soy Valentín —dice dejando atrás su letargo. Se acerca para saludarla como corresponde y ella le tiende la mano. Un momento. ¿Le acaba de tender la mano!? No sé qué bicho le picó, es evidente que no le cayó bien de entrada.

—Al fin, pensé que tenías algún problemita —acota, no tiene un filtro entre lo que se le pasa por la cabeza y debe o no decir.

—Miranda Gauna, te estás pasando de la raya —adviento firme para que cierre su boquita y deje de desembuchar bocados desubicados.

—Bueno, mamá —acepta renegando—. Me voy a ver a la abuela —avisa antes de salir pitando de la estancia.

—No podés negar que es hija tuya.

—No tendría por qué hacerlo, es lo más hermoso que me regaló esta vida de mierda. Decile a Matías que me avise cuándo está la comida, así ponemos la mesa —solicito.

—Ojitos lindos —freno mi andar al oírlo, ya estaba siguiendo el mismo camino que Miri—. Que la tengas no cambia nada, te sigo deseando —afirma confiado. Lo que acaba de decir derrumba la seguridad que tenía desde que la conoció, estaba segura de que se iba a dar por vencido. Sigo andando cuando se calla, no voy a dejar que vea cuánto me afecta su determinación, lo débil que me vuelvo cuando está involucrado. No comprendo por qué soy una gelatina al oírlo, sentirlo o verlo.

Me encierro en el baño con la intención de apagar las sensaciones que este pibe despierta en mí. Me asusta, realmente me asusta lo hondo que cala, no sé a qué me enfrento. No estoy lista para subir a una montaña rusa y dejarme llevar. ¡Dios! Parezco una desquiciada. Miro con atención el reflejo que me devuelve el espejo. Mis faroles cuentan con un brillo desconocido, uno que jamás avisté en ellos, pestañeo con pereza, con la intención de que lo opaco regrese, que engulla la alegría que tanto el verde como el marrón atestiguan. Mi heterocromia es congénita, la traigo desde que me gesté, algo extraño, ya que le sucede a muy poca gente. Nadie en nuestro árbol genealógico sabe de dónde viene, por eso, mi nona y yo, que la compartimos, cada cierto tiempo nos sometemos a una serie de pruebas para seguir descartando los problemas oculares o de salud en general. Miranda no lo heredó, por suerte. Desde que aprendió a hablar me recalca que no tiene mi color de ojos, como si eso fuera una elección. Lo que no comprende es que esto, en algún momento, puede causar una falla en mi sistema.

Para cuando salgo de mi escondite, bañadita y bien repuesta, todos están sentados en la mesa del comedor aguardando por mí para cenar. Me acomodo en mi lugar, y justo al otro lado está él observándome con inquietud, preguntando con su mirada si estoy bien. Levanto mis cejas en una clara declaración que dice: no sé qué te pasa, dejá de buscar en mi interior, algo que capta porque se da por aludido y corta su hostigamiento visual. Mi nona, está actuando como si fuera parte del *FBI* con el interrogatorio que le está haciendo. Todo en esta mesa gira en torno al invitado de mi hermano. Lo bueno de esto es que me entero de que tiene treinta y tres años, que es soltero, que su pasatiempo son las artes marciales —con razón tiene ese cuerpazo— y que va a estar en el instituto durante un año. En ningún momento se queja o pone cara de disgusto por las preguntas que la vieja chusma de mi nona hace, al contrario, la trata con amabilidad y respeto.

—Audiela, ¿le molesta que le diga nona? —pregunta sujetando la mano de mi nona que lo mira con adoración, ya se la compró, la tiene a sus pies. Miranda se lo quiere comer, y no en el

buen sentido. Matías, ni cinco de bola, y yo... yo quiero devorarlo a besos hasta que llegue el fin del mundo.

—Me encantaría que lo hagas, hijo —responde con cariño palmeando su mejilla. Es lo más de lo más, la amo tanto. Sonríe con disimulo, él lo nota y me guiña un ojo. Mi estómago se atora cuando hace esas cosas, me da vértigo.

—No tuve la suerte de conocer a mis abuelos, siempre los imaginé como usted.

—Mi nona —remarca mi hija interrumpiendo sus palabras—, es única, no la compares —finaliza molesta.

—Miranda, cuidá el tonito, no se les habla así a los mayores —reprendo. No me gusta llamarle la atención, pero debía interceder. Ella abre los ojos bien grandes y me fulmina. Odia que la rete en público, sabe bien que para eso debe comportarse como la señorita que es.

—Está bien, Elena. No es necesario, me expresé mal —intercede autoritario.

—¿Perdón? —inquiero sorprendida—. No sos quién para decirme cuándo puedo o no corregir a mi hija —silencio, un cortante y molesto silencio nos rodea. Un mutismo que es interrumpido por el sonido continuo del timbre. Arrastro la silla cuando me levanto y voy directo a ver quién es.

¿¡Qué mierda hace Fernando acá!? ¡Lo que faltaba para completar la noche!

Abro la puerta y el vaho a alcohol que emana me da una cachetada. Está desorbitado, tambaleante, aterrador como siempre que se emborracha. Salgo y cierro, no quiero que los demás escuchen, menos que menos, el visitante.

—Fernando ¿qué necesitas?

—Mi amor —chilla alargando las palabras—. Te vine a buscar para ir a casa —tartamudea. Miranda no puede verlo en este estado.

—Estás borracho otra vez. ¿Cómo llegaste? —se encoje de hombros frente a mi consulta. Increíble, a mí sola me pasan estas cosas—. Sentate acá que voy a llamar un auto para que regreses a tu casa —anuncio, llegando solo a hacer el amague de irme. Ciñe su mano en torno a mi muñeca para detenerme.

—Vas a venir conmigo como corresponde —exige sin soltarme presionando más.

—No, no voy a ir con vos. Soltame, por favor —solicito sin perder la cabeza. Esto está

tomando un camino que no me agrada, al contrario, me asusta.

—Elena, vas a volver a nuestro hogar. Por las buenas o las malas, pero lo vas a hacer —amenaza tirando de mi brazo. En un descuido, simple y sencillo descuido de dos segundos, zampa sus garras en mi extremidad libre. Tira de mi cuerpo, arrima su rostro al mío y me giro asqueada. Aún no entiendo cómo aguanté tanto a su lado, cómo pude amarlo algún día, cómo le perdoné tanto dolor.

—Fernando, estamos divorciados. ¡Por Dios! Tranquilízate y razoná. Miranda está adentro, ninguno de los dos queremos que te vea en estas condiciones.

—¿Así cómo? No tengo nada de malo —retruca furioso. A pesar de su tartamudeo me doy cuenta de que está peor de lo que aparenta—. No me hagas enojar, Elena. Siempre me llevás la contra en todo.

—Está bien. Está bien. Dejame ir para que pueda recoger mis cosas.

—Me mentís, hija de puta —chilla junto a mi mejilla. Me descompone—. Si te dejas ir, no vas a volver, me vas a abandonar otra vez. Inútil de mierda —agrega apretando los dientes. No quiero estar aterrada, no puedo evitarlo. En nada va a salir Matías, cuando se dé cuenta que demoro más de lo debido, va a venir y si ve esta escena va a ser una cagada, no voy a poder detenerlo.

—No, Fer, no te miento —un cachetazo me cruza la cara, el otro me la acomoda. Ardor, dolor mezclado con las lágrimas que no quiero derramar. Esto es un calvario. En otra vida habré sido una basura, por eso me toca pasar por esto.

—Ves lo que me hacés hacer, obedecé, no lo compliques más. Todo esto es tu culpa, puta de mierda —afirma para achacarme su fallo.

—Fer, no estoy haciendo nada malo, sos vos el que me está lastimando.

—CA-LLA-TE, CA-LLA-TE —silabea. Sus odiosas manos, esas que llegué a aborrecer tanto, se cierran en torno a mi cuello, al menos una de ellas, la otra la tiene en alto, cerrada, lista para golpearme. Aprieta, aprieta y aprieta. Araño sus brazos, intento llegar a su monstruoso rostro, no lo logro. Intento hablar, suplicarle que me deje respirar, no puedo hacerlo. El terror me paraliza. Los recuerdos me invaden y vuelvo a hacerme pequeña, a querer desaparecer, no soy capaz de defenderme, no tengo fuerzas. Él me debilita, me aplasta. Le ruego a Dios que me rescate, y nada pasa. Mis pulmones arden, mi corazón se ralentiza, voy a desmayarme, me va a matar. Ya no puedo patear, mi vista se nubla y no por el llanto. Me pesan los párpados, mis

brazos caen inertes, pesados a los lados. Mi hija, mi nona, mi hermano, Valentín, qué será de ellos cuando encuentren mi cuerpo asfixiado en el porche de mi hogar. Fernando siempre me robó todo lo que amo, me destruyó una y mil veces, pero esta vez fue muy lejos. La inconsciencia me llama, está ahí tirando de mí hasta un sueño profundo donde nada duele, donde todo es luz, felicidad.

Valentín

No sé qué se me pasó por la cabeza cuando le dije a Matías que yo salía a buscarla, a ver qué sucedía porque no entraba. Los tres yacían inmóviles, preocupados, algo pasaba y no me hacían parte, obvio que no, no saben todo lo que Elena provoca en mí. Lo que más me extrañó es que mi amigo cerraba y abría los puños cuando no empujaba el vaso de *Fernet*. Miranda había dejado de comer en el mismísimo momento que su mamá se retiró, permanecía con la cabeza agachada, y la nona, de un instante a otro, se puso seria, cabizbaja y se le llenaron los ojos de líquido. Quizás todas esas alarmas fueron las que me impulsaron a ponerme de pie y salir apresurado. Afuera todo estaba en silencio, no había rastro de Elena. Al mirar para mi izquierda mi mundo se vino abajo. Un tipo la tenía contra la pared, le estaba oprimiendo el cuello y ella se daba por vencida. Todo se puso negro a mi alrededor. Me invadió una bronca descomunal. No soy una persona agresiva, ni ahí, pero esa escena me convirtió en un ser irreconocible. Me arrojé sobre él, lo empujé, lo derribé de una piña. Él cobarde estaba borracho hasta las trancas, quedó desmayado en el suelo. Sostuve el cuerpo inerte de mis ojitos lindos, le tomé el pulso, aún estaba, suave, calmo, casi inubicable. Le grité a Matías, lo llamé con todas mis fuerzas. Necesitábamos una ambulancia urgente, la perdería. Desesperación, una cruda y desconocida desesperación me asaltó al valorar la posibilidad de verla morir. Los médicos no demoraron en arribar al lugar y atenderla. La policía tampoco, arrastraron a esa lacra hasta el patrullero y no volví a verlo, recién ahí bajé un cambio. Soy un fiel creyente de que la mejor arma del ser humano es la inteligencia, la capacidad de hablar, la sabiduría de las palabras, pero cuando lo vi quise matarlo y lo habría hecho, me convertí en un animal. No quería esas manos sucias contaminando la piel de mi hermosa Elena. No lo quería cerca de ella mortificando su existencia.

Horas más tarde, ya de madrugada, me enteré de que el tipo es su exmarido, el padre de su hija, el cobarde que la maltrató durante años, hasta que ella fue capaz de dejarlo, además de eso, como si fuera poco, es un alcohólico que entra y sale de rehabilitación. Me importa un comino su condición, no voy a tratarlo como a un enfermo, no quiero ni escuchar su nombre y mucho menos que las esté rondando, porque si le pone un dedo encima otra vez, lo mato, voy preso, pero él no vuelve a molestarlas. Antes de irme paso por su habitación, duerme como el ángel que

es. Tiene el labio hinchado, cortado y eso no opaca su belleza. Cómo me gusta esa boca, me vuelve loco. Me siento a su lado, sobre el borde de la cama, y la admiro. No puede ser más linda, más fuerte, más integra. Su pecho sube y baja con sosiego, su mata de cabello castaño está desparramada por la almohada y un mechón rebelde le cruza ese rostro que porta los faroles más atrayentes, hechiceros que vi en mi vida. Pausado, manso, me acerco, le despejo la cara y beso su frente.

—Cuando creí que te perdía, sentí que todo el peso del mundo me aplastaba —murmuro. Sé que no me escucha, y que cuando se despierte nada de esto estará en su memoria y no me importa. Tengo que exteriorizar lo que me sucede con ella porque me trastorna—. No me alejes, ojitos lindos, no lo hagas —suplico.

Abandono el cuarto sin ganas, no quiero dejarla. Si por mi fuera me habría metido en esa cama para abrazarla toda la noche, protegerla y decirle una y mil veces lo valiente, dulce que es. Se merece que la veneren y para eso me tiene a mí. Cuando se entere que sé parte de sus secretos, que yo vi esa escena, va a estar avergonzada, se mantendrá apartada y es cuando voy a dar un paso al costado para permitirle sanar, recomponerse, encontrarse consigo misma. Esto es como un río tormentoso, un clase seis para hacer *rafting*, tengo que saber leerlo, aguardar el momento justo para meterme. Elena necesita espacio para pegar todas las piezas que fue perdiendo con cada golpe, esas que tal vez ya había arreglado y que volvieron a destrozarse esta noche cuando el verdugo sacó su hacha para asesinarla.

Elena

Me remuevo inquieta en la que sospecho es mi cama, quiero creer que no estoy en un hospital de nuevo. ¡Por Dios! Espero que no sea así. Me duelen hasta las uñas de los pies, por favor. Lo último que recuerdo son las garras de Fernando ultrajando mi bienestar, el terror tomando mi cuerpo, invadiendo mi mente, circulando por mis venas. No tengo ni la más mínima idea de cómo llegué hasta acá, qué sucedió, ni cómo, después de la inconsciencia que se sentía tan placentera. Palpo mi rostro y descubro mi labio hinchado, cortado, fruto del sopapo que me estampó esa lacra. Pedazo de mierda, volvió a herirme. Lo peor de todo es que no fui capaz de defenderme, le entregué un poder que no tiene por qué gozar. Sin poder, ni querer evitarlo, lloro, dejo que toda la angustia, el asco y el dolor huyan de mi interior convertidos en lágrimas. Traté con todas mis fuerzas de mantener alejada mi condena de mi familia, quiero protegerlos, evitarles que me vean devastada y me es imposible. No hay medida que baste para que Fernando se mantenga al margen, lejos mío. Ojalá pudiera irme a una isla en el medio de la nada, en donde no me ubique, en donde encuentre la paz que me hace falta.

Las mantas que me cubren se mueven dejando que el aire se filtre e impacte con mi piel erizada, el colchón ni se mosquea cuando el delgado cuerpo de mi hija se acuesta a mi espalda. Me envuelve con sus brazos. Ella, mi dulce niña, bondadosa, cariñosa, quiere consolar a su desecha madre, al desastre de madre que le tocó. Es la razón de mi vida, pero eso no evita que me pregunte en qué mierda estaba pensando el supremo en el momento que me la entregó, cuando le permitió elegirme para guiar su camino. No puedo orientar a nadie, ni siquiera soy capaz de hacerlo conmigo misma.

—¿Estás bien, ma? —averigua con calma. Me giro para quedar cara a cara con ella y la observo. La basura que tiene como padre está arruinando su adolescencia, terminando con su inocencia, le quita la felicidad, la hace sufrir a través mío y lo odio más por eso. Acaricio su cabello con infinita adoración, la arropo, la abrazo, la arrastro hasta que se apoya en mi pecho, y como puedo, la protejo. Daría hasta la última gota de mi sangre por ella.

—Sí, mi amor, estoy bien —le aseguro con dificultad. Mi garganta duele, esta reseca, áspera—. No quiero que te angusties, ya pasó y no se va a repetir. Te lo prometo —afirmo sin tener la certeza de que va a ser así. Miranda solloza acongojada y mi corazón se fragmenta más de lo que esta, no soporto su pena. La consuelo con todo el cariño de mi alma, hasta que su respiración se ralentiza. Se duerme entre mis brazos. Podría quedarme una eternidad con ella bajo mi ala. Poco a poco, mis párpados se vuelven densos, inmanejables y caigo rendida.

La semana se pasa en un pestañear. Días de charlas, terapias y medidas de protección. Fernando recibió una restricción y no puede acercarse a nosotras, sí, en plural, porque Miri está incluida. Espero que esto sirva de algo y que no vuelva a ponerme una mano encima. Mi hermano está furioso y me quedo corta con esa definición, lo quiere matar. Me dio un largo y significativo sermón, me advirtió que “el no te metas, yo lo arreglo” quedó obsoleto, porque si ese payaso, textuales palabras, regresa por más, se va a chocar con él. En cambio, con mi nona es todo palabras tiernas, de aliento y fe, lo que no quiere decir que no esté enojada. Aún se condena por haberme orillado a casarme con él para preservar mi integridad. En su momento también la culpé, nunca se lo dije ni voy a hacerlo, soy incapaz de lastimarla adrede. Está mayor, cansada y enferma, no debería estar pasando por esto, pero no tengo a dónde ir y estar sola tampoco es seguro.

Dos jornadas después de lo sucedido me enteré de que Valentín me salvó. Se me cae la cara de vergüenza. Me espanta que haya visto lo bajo que vengo cayendo desde que era una pendeja irresponsable, darle esa imagen, una que no quería que viera, me golpeó feo. Experimenté a

carne viva mil cuchillos rasgando mi cuero. No va a volver a mirarme de la manera que lo venía haciendo y ese deseo que portaba por mí debe haber desaparecido. Ningún hombre en su sano juicio quiere relacionarse con una mujer golpeada, traumada, que tiene un ex que no la deja en paz y es capaz de atacarla hasta el fin. Nunca voy a poder deshacerme de las etiquetas que llevo tatuadas en la piel y por más que yo sepa que soy una sobreviviente, que la violencia es el último medio de un incapaz, no se van, siguen grabadas con fuego. Por eso me pasé estos siete crepúsculos evitando verlo. Si él estaba en lo de Matías, me quedaba encerrada en mi habitación, contando con el lujo de admirarlo en la distancia, dejando que la sensación de vértigo en mi estómago me apabullara. Si lo veía a lo lejos en el instituto, me hacía la boluda y rajaba por otro lado bajo cualquier excusa. Tampoco me quedé sola luego de ninguna de mis clases. Me asombra mi poder de madurez, soy un desastre. Con cada huida decaí un gramo más. Ni siquiera soy capaz de juntar valor para plantarme frente a él y decirle que nada de esto es mi culpa, que no lo quise así, que me hubiera encantado ser más fuerte y evitarlo, defenderme, dejarlo luego del primer golpe; rogarle que me entendiera, que Miranda era un bebé y mi falta de experiencia no me permitió pensar con lucidez. Me gusta este pibe, de enserio, me cautiva de esa forma extraordinaria, pasional, desquiciada, para toda la vida, está demás aclarar que el sexo con él fue supremo, pero la degradante posibilidad de que me mire con condescendencia, con lástima, puede más. Lo mejor es que todo se quede como está, que no haga movimientos en el tablero porque si por alguna razón, por mínima que sea, me desprecia, voy a salir más lastimada de lo que estoy y no creo poder enfrentar más dolor.

Me centro en mi familia y en mi trabajo, dos de mis pilares, dos cosas que disfruto. Y con el correr de las horas Valentín desiste, deja de intentar contactar conmigo y eso lacera. No esperaba que se diera por vencido tan rápido, menos cuando ya comenzaba a claudicar. Por más loco que suene, extraño su mirada clavada a lo lejos, el tacto de su piel sobre la mía, el sabor de su boca, el bichito que me invade y recorre mi interior cuando lo tengo cerca, el sonido de su voz, Dios, cómo me gustaría oírlo decirme: “Ojitos lindos” con ese tono de barítono que lo caracteriza y me pone la piel de gallina.

El maldito teléfono no deja de sonar interrumpiendo una de mis clases de contemporáneo, tanto que la freno para ver quién es y cuál es la urgencia por ubicarme. ¡Sorpresa! Me están llamando del colegio de Miranda. La preceptora me pide de forma muy amable que me presente lo antes posible, sin decirme qué está sucediendo. Más le vale que no se haya mandado una cagada porque la castigo de por vida. Dejo la clase en manos de una compañera que llegó más temprano y salgo corriendo sin que nada me importe. Para colmo, ando en dos, Matías no pudo

prestarme el auto y tampoco puedo darme el lujo de gastar en un *Uber*, estamos a fin de mes. No me va a quedar otra que montarme en el subte y luego en un colectivo. Un reviaje. Abandono la zona de las aulas de danza y *voilà*, el dueño de mis pensamientos se cruza en mi camino. Me paralizó al divisarlo y algo debe ver en mis facciones, su expresión muda de la sorpresa a la preocupación en un segundo. Quizás fue el susto bañando mi rostro o la incertidumbre de no saber qué ocurre para que me citen en el establecimiento con tanta premura. Retomo mi carrera y al encontrarme a menos de un metro de donde él sigue parado, le sonrío azorada, me disculpo en silencio por mi actitud. Ojalá él comprendiera cómo y lo que siento. Las ansias que sufro por estar a su lado, por conocerlo y que me descubra, me dan pavor. No creo estar capacitada para abrirme a una nueva relación, no después de todo lo que me viene pasando. No sé si estoy preparada para intentarlo, para dejarlo entrar a curar mis cicatrices, me muero de ganas por hacerlo, pero mi mente me sigue jugando malas pasadas. Parece una buena persona, lo sé, pero las apariencias engañan, las máscaras existen y se caen. No soy tan fuerte como para tolerar que me vuelvan a lastimar, no lo soportaría, mi corazón no lo toleraría. Tengo que seguir andando, alejarme de él, dejarlo en paz para que continúe con su vida como si nunca se hubiera cruzado conmigo, con una mujer que no sirve para hacer feliz a los demás, todo lo que me rodea se destruye, estoy maldita.

—¿Qué pasa, Elena? —demanda, interceptando mi andar. Mi nombre escapando de sus labios no se oye como siempre. Quisiera confesarle lo que su presencia me hace, el temblor que le causa a mis células, mostrarle cómo la sangre de mis venas corre furiosa, explicarle el vértigo en la boca de mi estómago o cómo este cae en picada al vacío cuando me toca.

—Hola, Valentín —saludo con la intención de distraerlo—. No pasa nada, ¿por?

—No te salen bien las mentiras, Elena. No abandonás tus clases por nada. Algo ocurre con tu nona, tu hermano o con Miranda, lo veo en tu cara —expresa sin soltar mi muñeca. Debería ser catalogado como un delito tener ese tono de voz, esos ojos, esa belleza.

—Déjame ir, por favor —imploro con las lágrimas amontonadas en mis ojos. No quiero llorar, les juro que no, pero me debilita, rompe cada uno de los ladrillos de las paredes que tanto me cuesta levantar con su calidez. Acaricia las hebras de mi cabello con una de sus manos y de un tirón me encierra entre sus brazos. Me sumerjo en la suavidad de su pecho y el dique se abre. Sollozo en silencio. Me siento protegida a su lado. ¿Serán señales o solo una trepa del destino para que me ilusione?

—Confía en mí, ojitos lindos. Me parte en dos tu dolor —pronuncia con amabilidad, sin soltarme. Inspiro y exhalo un par de veces antes de volver a hablar. No me va a dañar compartir

con él mis penurias.

—Me llamaron del colegio de Miranda para pedirme que vaya lo antes posible. No tengo ni la más mínima idea de lo que sucede. Tengo que tomar el subte y un colectivo para llegar y eso me va a tomar más de una hora y media —desembucho acongojada.

—Vamos —declara comenzando a caminar. Aprieta su agarre y por un rato carga con mis responsabilidades, se apiada de mí y me salva de volver a caer.

Nos subimos a su coche, un cupé fuego inmaculada. Las primeras cuerdas el silencio nos envuelve, quiero iniciar una conversación, no sé cómo hacerlo, no es una de mis virtudes, siempre fui una persona silenciosa. Soy pésima en el plano charlas espontáneas.

—Elena, pedir ayuda no es la muerte de nadie —establece son determinación. Si supiera lo complicado que es para mí hacer algo tan simple como eso.

—Lo sé, no soy tonta. La mayoría de las veces no tengo a quien pedírsela. Estoy acostumbrada a solucionar todo sola, aunque últimamente hay un montón de situaciones que me sobrepasan —relato con angustia—. Es horrible vivir sabiendo que solo tenés dos personas que pueden aliviar la carga y más cuando no querés que lo hagan —acoto dejando fluir las palabras. Al contrario de lo que piensa, confío en él.

—Aunque no lo parezca, y no lo tengas presente, yo también estoy —sostiene con intensidad—. Si me mantuve al margen, sobre todo estos últimos días, fue para darte espacio, deduje que estarías triste o abochornada por lo que pasó —tarde o temprano iba a salir el tema a relucir, era inevitable.

—Respecto eso —me atajo—. Te pido disculpas. No tendrías que haber sido testigo de tal barbaridad. Fernando tuvo otra recaída y volvió por más. —¿Por qué sueno como si lo estuviera justificando? No es el caso, obvio, sería incapaz de hacerlo.

—Ni se te ocurra hacerlo de nuevo, no vuelvas a disculparte —espeta irritado—. No lo destrocé a golpes porque ocuparme de vos era lo primordial. Eso sí, si vuelvo a verlo o a enterarme de que te pone una mano encima, yo mismo lo llevo a patadas en el culo a la comisaría y me ocupo de que no vuelva a salir —declara. Sus palabras trepan por mis huesos llenando cada recoveco de confort.

—Esta vez no se la llevó de arriba, mi abogado me notificó que, a los pocos días de salir de la cárcel, después del episodio en casa, cayó preso de nuevo por chocar un auto estando borracho —le cuento más relajada, cómoda.

—Espero que no salga más, lo lamento por Miranda, pero es lo mejor para ambas —agrega con toda su atención depositada en el tráfico.

—Miri le tiene miedo. Cuando vivíamos con él nunca me pegó frente a ella. Cuando lo hacía, y ella estaba en casa fui lo más silenciosa que pude para que no se enterara. Por ese entonces se cuidaba de no dejar marcas que se vieran a simple vista, hasta que se descontroló, que fue cuando lo dejé. Ese día, mi retoño no estaba, y fue la última vez que me puso una mano encima, hasta la otra noche. No pude evitar que se enterara, al despertarse lo primero que hizo fue preguntar por mí y no pudimos mentirle. La trajeron a la clínica donde estaba internada y se instaló hasta que me dieron el alta —le narro. No tengo ni la menor idea de qué me pasa, pero de repente quiero hablar, desahogarme, que sepa todo, que me acepte con cada una de mis cicatrices, o que de una vez por todas salga corriendo despavorido por lo que le cuento.

—Al contrario de lo que creés, entiendo por lo que pasaste. Vengo de una familia de mujeres que sufrieron violencia de género. Mi mamá y mis hermanas, las que por cierto están desesperadas por conocerte, lo padecieron en manos del que fue mi padre. Yo no lo sufrí porque murió al poco tiempo que nací —testifica de lo más tranquilo, como si no estuviera compartiendo conmigo algo tan íntimo, como si no acabara de decirme que le habló a su familia de mí—. Ellas me dijeron que le salvé la vida a mi vieja, él dejó de golpearla luego que le dio el hijo varón que tanto deseaba —permanezco inmóvil al oír su relato, qué atrocidad. Pensar que antes era moneda corriente que los maridos castigaran a sus esposas y descendientes sin motivo alguno, al igual que ahora, con la diferencia de que hoy hay quienes se hacen escuchar y luchan por los derechos del ser humano. Por aquel entonces, ellas no tenían ayuda, para la sociedad machista algo habían hecho y se lo merecían. Es tan sencillo decir y pensar eso cuando no lo viviste en carne propia, cuando no te hostigan, no te arruinan porque sí, porque pueden y quieren. Mi generación y las venideras contamos con la suerte de ser oídas, de contar con apoyo, colaboración, con asociaciones que concientizan, con comisarías para la mujer, y así y todo sigue pasando, nos siguen matando, exterminando como si fuéramos una peste, un insecto. Hay que aprender a criar herederos que entiendan la igualdad, que la respeten, la acepten. Hay que educar caballeros y señoritas, seres humanos, no monstruos; demostrarles que el amor sano existe, que los pares se deben proteger y dejarles en claro que ellos nacieron gracias a una mujer. Para mí todo radica en la educación que les damos, si nosotros somos referentes como familia, les transmitimos que insultar, gritar y golpear es válido, el día de mañana ellos lo harán de forma inevitable, y esto es sin distinción de sexo, porque lo aprendieron del ejemplo. Si asimilan lo que es un no, van a saber aceptarlo en el momento que se lo digan, de lo contrario van a crecer sin ese concepto incorporado. Los límites no son malos, por algo están, solo hay que saber aplicarlos.

—Gracias por compartir esto conmigo —reconozco de corazón colmada de una necesidad aplastante por abrazarlo.

—No lo hice para que me lo agradezcas, quiero que sepas que soy paciente, sé a qué atenerme y cuando aceptes que podemos formar algo juntos voy a cuidarte, a cuidarlas. Deseo con ansias conocerte, que me conozcas, llevarte a cenar, a pasear, de vacaciones y muchas cosas más. Quiero hacer todo a tu lado, desenmascarar que el cariño es sincero y verdadero, no lastima, ni traiciona, al contrario, se es feliz —declara con determinación, sonriendo. Me está ofreciendo una segunda oportunidad, una seguridad impensada. No me pinta un arcoíris, pero se asimila. Quiero intentarlo, espero poder hacerlo. Lo único que veo en su mirada es verdad, sinceridad, no me atrevo a pensar que mi instinto está tan dañado que sigue viendo cosas donde no las hay.

—Vamos poco a poco, por favor, con calma para que pueda acostumbrarme y dejar de tenerle miedo a la felicidad, a equivocarme —pido dejando de darle vueltas a lo mismo, a algo que no me lleva a ninguna parte agradable. Sonrío con ganas, como hace mucho que no lo hago, y es por él, por su tenacidad, por sus buenas intenciones.

Estaciona el auto en el primer lugar que halla y acomoda su torso en mi dirección. Hago lo mismo y quedamos de frente. Él es mi nuevo comienzo, me ofrece verdad, anhelo. Tomo con mis manos las suyas y su pulgar acaricia mi piel. Me pierdo en su toque, en la electricidad que avasalla mi interior. Nos quedamos en silencio, dejamos que las sensaciones se vuelvan visibles, floten a nuestro alrededor, sean tangibles. Él es mi destino, mi casualidad inesperada.

—De acuerdo, ojitos lindos —acepta recorriendo las hebras de mi cabello son sus dedos. Cierro los párpados por un breve lapso de tiempo y acomodo mi mejilla sobre el calor de su efímera caricia. Me encanta que me llame de esa forma, se oye tan bien—. Ahora andá a ver qué pasa con Miranda. Te espero acá.

—Bueno —respondo embelesada. Me tiro en picada, me animo a más y sorteando las incomodidades del auto, lo beso, suave, delicado. Nuestros labios unidos son como la brisa de una tarde primaveral, todo en su compañía se siente así, pasional cuando debe serlo, tranquilo cuando corresponde. Ambiguo, arriesgado, emocionante, perfecto para mi alma marchita. Me revive.

Ingreso al establecimiento con los nervios desbordados. A la ignorancia de no saber qué sucede, se le suma todo lo hablado en el automóvil. Quiero creer con todas mis fuerzas que intentarlo no va a dañarme. Si todo lo que dice es mentira, la careta se va a caer rápido para darme la ocasión de hacerme a un lado antes de que sea tarde; lo que no quiere decir que no salga herida, a esta altura es inevitable, porque Valentín Alcaraz recorre la sangre de mis venas como

la tinta de un tatuaje. Las secuelas que dejan los años de maltrato no son fáciles de ahuyentar, laten, viven en tu cabeza, te convierten en una persona desconfiada en ciertos aspectos, sobre todo cuando estás involucrada en extremo. No logro descubrir qué tiene, ni descifrar cómo en más de una circunstancia consiguió que apagara la luz de la habitación en donde todos mis temores se amontonan y permanecen encerrados, para que me deje llevar, me entregue y no me aíse en el pasado que me tocó por culpa de mis malas elecciones.

En la oficina de la directora me encuentro con una Miranda de mirada desencajada, con sus ojos rojos de tanto llorar, el pelo revuelto y un lado de su rostro rasguñado.

—¿¡Qué pasó, hija!? —pregunto apresurada poniéndome en cuclillas a su lado.

—Buenos días, señora Ruiz. Le pido que tome asiento para que podamos charlar de lo sucedido —adiciona la pelotuda esta. La ignoro, tanto a ella como a la presumida de la preceptora, lo único que me interesa es saber cómo está mi bebé.

—Miri, te hice una pregunta —insisto sin moverme, sin soltar las manos que sujeto desde hace un instante. Es la angustia personificada.

—Ma —advierte—, habla primero con ellas —pide avergonzada. Le doy un beso dulce antes de girarme y enfrentar a la mujer que maneja esta escuela.

—Buenos días. ¿Sería tan amable de decirme qué le pasó a mi hija? —le exijo a la cabecilla de este colegio con tono contundente sin un ápice de paciencia. No me hace ninguna gracia esta escena. Ella me señala una de las sillas, y al ver que no me queda otra, me siento.

—Miranda se peleó con una de sus compañeras. Tanto su profesora, como la señora Aguilar aquí presente, y también yo, le preguntamos el motivo, y aún no obtuvimos una respuesta. La otra implicada dijo que la culpa es de su hija, que ella la increpó, insultó e inició la pelea, orillándola a defenderse —relata con absoluta seguridad. Lo que acaba de decir no tiene sentido, no concuerda con el comportamiento de la niña que estoy educando y su adversidad hacia la violencia. Sabe bien que por ese camino no se llega a ninguna parte.

—¿Eso es verdad? —inquiero luego de girarme hacia donde está sentada. Se pone de pie y camina hasta posicionarse a mi lado.

—Lo que Sabrina no les contó es que esto lo empezó ella —asegura desafiante—. Hace días que me viene molestando, diciendo por todos lados que mi papá es un borracho golpeador, que soy una muerta de hambre y que mi mamá trabaja de puta —brama llorando desconsolada. Me acaba de dejar atónita.

—Miranda, eso no es verdad. Tu compañera sería incapaz de decir tales barbaridades. Me parece que estás alterada por todos los cambios que venís viviendo —se apura a retrucar la preceptora sin dejarme emitir sonido.

—Un momentito —intercedo alzando la voz—. ¿Está acusándola de mentirosa? —inquiero molesta. Estoy a dos segundos de perder la poca paciencia que me queda—. Miranda es una alumna excelente, tiene notas envidiables y no es una nena agresiva. Me parece una falta de respeto que usted —enfático—, la culpe por defenderse. Por otro lado, no veo a la otra parte del conflicto por ningún lado.

—Señora, baje el tono y no se altere. La otra parte implicada, como usted los llama, ya se retiró, no era necesario que se quedaran. La alumna me advirtió que diría estas cosas para inculparla.

—Esto es el colmo —agrego—. Usted, señora directora, no es quién para decir que mi hija está afectada por lo que sucede en mi casa, si eso fuera así vendría teniendo inconvenientes con regularidad y no es el caso. Quiero una explicación justa para todo esto, una de verdad, y no orquestada por una nena que evidentemente está influenciada por un adulto.

—Le reitero, señora Ruiz.

—No, no me reitere nada. Me voy a retirar en este instante —alego al ponerme de pie—. Y mañana, a primera hora, quiero una reunión con la otra parte para esclarecer esto —exijo sin darle lugar a una negación—. No me hagan llamar a la Secretaría de Inspección para presentar una queja. No se olvide que soy profesora y sé muy bien cómo funciona el sistema.

Le pido a Miranda que tome sus cosas y antes de cerrar la puerta a nuestra espalda me despido con un hasta luego nada amable. No puedo creer todo esto. Mirá si estas me van a venir a decir que Miranda es agresiva. La conozco mejor que nadie, la parí, la educo, le traspaso valores, sé muy bien cómo es. Tiene un corazón inmenso, es bondadosa, respetuosa y a temprana edad aprendió que los problemas se solucionan hablando, porque la violencia no contiene desenlaces viables. Voy a llegar al fondo de este asunto cuando estemos en casa y me explique detalle a detalle lo que pasó.

Luego de un intercambio de más de dos horas libero a Miri para que se retire a su cuarto. Se me estalla la cabeza después de toda la mala sangre que me hice. Resulta ser que la compañera que la molesta, insulta y humilla es la sobrina de una *Miss* del establecimiento, por eso se cree intocable y hace una maldad detrás de otra. No es la primera vez que se pelea con alguien. Está

atosigándola desde hace semanas, lo que no sabemos es cómo se enteró del problema de su papá, ni de dónde sacó que yo soy puta. Más de una de las frases que relató no está compuesta por palabras que diría una adolescente, así que es evidente que todo este embrollo viene de un adulto de su entorno. La que inició la discusión fue ella después de que Miranda la mandara a la mierda, la agarró de los pelos en el baño, durante el recreo y mi hija, al verse acorralada, no se quedó atrás. Se defendió, dejándola sin aire de una piña en el estómago, resultado aprendido de los juegos de mano con su tío, y justo en ese segundo la preceptora ingresó al cuarto. No supo explicarme en qué instante le arañó la cara de esa forma, no se dio cuenta hasta un rato más tarde porque le ardía. Me juró muchas veces que trató de ignorarla, evitarla, hablar, explicarle que lo que decía no era así, pero le fue imposible. No comprendo por qué hay padres que instruyen para lastimar, que no ponen límites, que ven la crueldad como algo común y corriente. Así estamos como sociedad, después nos damos la cabeza contra el concreto ante una desgracia. También me confesó que no habló hasta que yo llegara porque no le veía sentido, otras de sus amigas ya pasaron por lo mismo y no sirvió de nada que cuenten su versión de los hechos porque la directora no les cree. Esto se terminó, como que me llamo Elena Ruiz. Yo no voy a permitir que sigan hiriendo a mi hija y a otras nenas. A favor nuestro tenemos un video y un audio donde se oye cómo la pendeja inicia todo esto. Una barbaridad detrás de otra, un impropio peor que el anterior, una cloaca, la pibita.

Valentín se mantuvo al margen todo el viaje de regreso, me di cuenta de lo molesto que estaba por sus expresiones al mirarla por el espejo retrovisor, no dejó de negar con la cabeza en todo el recorrido y le prometió que esto no se iba a repetir. Mientras yo hablaba con ella en el comedor, él se instaló en la cocina a tomar mate de leche con mi nona que estaba feliz de verlo.

—¿Estas más tranquila? —consulta detenido detrás mío masajeando mis hombros. Suspiro con pesar ante su pregunta. Su delicado toquen me consuela.

—La verdad, no sé —manifiesto con la cabeza agachada. Se aleja, siento su ausencia. De reojo lo veo sentarse en la silla de mi lado y sujetar mis manos heladas—. Estoy tan agotada de ir en contra mano —reconozco al mirarlo.

—Se te nota, Elena. Veo la derrota en tus ojos —concluye sin dejar de verme, transmitiéndome fuerza.

—Son tantas las cosas que no entiendo. Estoy enojada, Valen. Miranda no debería estar pasando por esto, es demasiado para su edad. No es justo.

—No es justo para ninguna de las dos. Ya va siendo hora de que alivies la carga, Elena. Compartila conmigo, estoy dispuesto a llevar la mochila por vos.

—¿Y eso sería adecuado para vos? —replico—. Todavía estás a tiempo de alejarte. ¿No te das cuenta de que me rodean las desgracias? Yo ya habría salido corriendo al ver tanto dolor.

—No voy a ir a ningún lado a no ser que me acompañes. Ya te dije más temprano que quiero ser parte de tu vida y que seas parte de la mía. Si para eso hace falta que limpie tus lágrimas, lo voy a hacer. Quiero verte sonreír en todo momento como cuando bailás, sostenerte si hace falta. Cuidarte si lo veo necesario —admite con entereza.

—Ojalá esta determinación te dure para siempre —concluyo.

—Para saberlo vas a tener que arriesgarte a vivirlo —consume guiñándome un ojo. Lo adoro más de lo que soy capaz de asumir.

—Volviendo al otro tema. Lo más loco es que cuando estudié me enseñaron, me prepararon para enfrentar estas situaciones, pero no es lo mismo practicarlo, ni leerlo que aplicarlo con uno mismo o un familiar —adjunto recordando algunas de las materias vistas durante la carrera.

—Para mí, deberías bajar un cambio, rebuscar en tu cabecita inteligente y encontrar la mejor forma de actuar —anexa sosegado sin dejar de manosear mis manos.

—Sí, tenés razón. Tengo que despejarme y hacerte caso. Sos sabio, querido —sentencio viendo las cosas desde su punto de vista.

—Bueno, tampoco para tanto —rebate con una pizca de arrogancia.

—No te hagas el humilde, Alcaraz —objeto sin poder resistirme a molestarlo un poquito. Todo se enciende a mi alrededor cuando él sonríe, y me observa con sensualidad.

—Me gusta cómo suena mi apellido en tus labios. Repetilo —demanda con intensidad. El cariño exuda de nuestros poros. El deseo en sus pupilas. La devoción en las mías. Somos una llama en su máximo apogeo y me encanta que sea así. Me arrimo, respiro junto a su oreja, lo tiento, juego con él.

—Alcaraz —musito lento. De improviso pone sus manos en mi cadera, tira de mi cuerpo y termino en su falda riendo feliz.

—Te quiero, ojitos lindos —confiesa acariciando mi espalda, en paz, como si lo que acabara de exponer no fuera nafta para nuestro incendio.

—Yo también te quiero —cuento dejándolo salir, cobijada por sus brazos que me relajan.

Las semanas suceden unas detrás de otras con rapidez, sumergidos cada uno en sus rutinas. Los días les dan paso a las noches en un santiamén. Los inconvenientes de tuvo Miranda en el colegio se solucionaron de forma favorable para ella. Gracias a las pruebas, a la información presentada, el atosigamiento que sufría se terminó. Tanto los padres de la compañera, como los adultos a cargo, tuvieron que pedir disculpas y retractarse de todo lo dicho. La lastimaron y pagaron de la forma adecuada por ello. La nena fue expulsada, culparon a la preceptora, a la directora y también a la profesora, a todas se les abrió un sumario y la Secretaría de Inspección está haciendo un seguimiento exhaustivo, gracias al cual se comprobó que no era la primera vez que actuaban de forma incorrecta. Vaya a saber qué otras salvajadas van a salir a luz para cuando terminen con la investigación.

Las cosas con Valentín están saliendo mejor de lo que esperaba, no puede ser más dulce ni detallista de lo que es. Ya blanqueamos nuestra relación frente a mi familia, mi nona se lo tomó de diez, está feliz por mí, por mis cambios y satisfecha porque Dios me dio la segunda oportunidad que tanto le pidió. El primero en enterarse fue Matías que nos encontró muy acaramelados en un bar. Lo primero que dijo fue que se había dado cuenta que algo pasaba entre nosotros aquella primera vez que interactuamos en casa. Le advirtió que no me dañara porque se la vería con él, que no dejaría de protegerme, ya que la última vez que dio un paso al costado nada salió bien. Miranda es otro cantar, la presión que nos mete es inmensa, no afloja. En ocasiones se comporta bastante tosca con él y en otras, sin poder evitarlo, lo trata bien. Estoy convencida que es una coraza que se autoimpone para marcar las distancias por miedo a salir herida si en algún momento él nos deja, y más, después de que Fernando abandonó Buenos Aires alegando que estar cerca mío lo trastornaba y que si no se alejaba terminaría por matarme. No le gustó ni un poco que comenzara una relación, como si a mí me importara o quisiera su opinión. No tengo ni idea a dónde se fue, se esfumó, dejó de preocuparse por su hija, la terminó lacerando más de lo que ya lo había hecho y eso, al igual que cada golpe propinado, no se lo voy a perdonar jamás. Los primeros días, la culpa era mía, Miranda se atrevió a decirme que mi deber era aguantarme lo que él exigiera para que no se fuera. Me costó un mar de lágrimas hacerle ver y entender que yo solo quería protegerme, preservarla, que nada de lo que pasó fue por elección, ni mi responsabilidad. La desconocí, no voy a mentir y me partió al medio ver el rencor en sus ojos. La obligué a escucharme, a acompañarme a terapia, a las charlas de grupo con otras sobrevivientes, y a medida que fue viendo y oyendo otros testimonios llegó por sí sola a la conclusión de que su padre está mal de la cabeza, que anteponía su adicción y mal carácter a nuestro bienestar. Descubrió que se podría haber quedado sin madre si no cortaba las sogas invisibles que me ataban a esa vida venenosa. Todo fue una rabieta para disfrazar el dolor que experimentaba frente al abandono del hombre que se suponía la cuidaría por siempre.

Comprendió que no puede hacer nada para que él cambie si no quiere hacerlo. Fue una etapa difícil que supimos enfrentar. Nos unimos, fortalecimos, y pasamos la turbulencia de la mano cuando me dejó aferrarla.

Hoy me toca ser presentada a las mujeres Alcaraz y estoy cagada hasta las patas. Valentín es el único hombre de la familia, el mimado de sus dos hermanas y madre. A pesar de que él siempre fue independiente, ellas no pueden evitar ponerse intensas alguna que otra vez, comprobé eso en primera persona cuando nos interrumpieron infinidad de veces. Una tarde estábamos en la plaza que está cerca de casa, habíamos llevado a mi nona a tomar aire y aprovechamos para ver cómo Miri tomaba clases de defensa personal con mi hermano. Mi niña quiere estar preparada para protegerse si alguien la ataca. Retomando, tomábamos mate sentados en el pasto, planeado un miniviaje para los tres, para afianzar su relación con la niña y el maldito teléfono no dejaba de vibrar en el bolsillo de su pantalón. Me desesperé tanto, que lo obligué a atender. Era su madre, y para mi sorpresa, no la rodeaba una tragedia sino una canilla perdiendo. Les juro que casi me da algo al oír la exaltación en su voz. No pudo hacerle entender que estaba ocupado, que estaba conmigo y se terminó yendo. Me calenté mal aquella tarde, pero no se lo hice ver, supongo que aún en alguna parte de mi tonta cabeza temo que se ofenda por algo y me deje. Hay inseguridades que no puedo obviar, pensamientos que no puedo evitar, miedos que disminuyen, pero no desaparecen y él no tiene por qué pagar por eso. Es una persona que siempre está en calma, me apoya, aconseja y consuela cuando lo requiero. Es muy intuitivo, sabe leerme y sus palabras, en su mayoría, son acertadas. Me cuida tal como lo prometió y si hay algo que le molesta o afecta no duda en manifestarlo, todo lo contrario, a mí que sigo trabajando para poder exteriorizar lo que me pasa sin creer que voy a recibir un golpe o insulto de regalo. En el plano sexual no tenemos diferencia alguna, ahí es donde más cómoda me siento con mis sentimientos, en donde no existen las inhibiciones, el temor, la incomodidad. Estoy traumada, no lo niego, pero mi locura va mermando paso a paso con la colaboración de quienes me aman con sinceridad.

Termino de arreglarme en el mismo instante que suena el timbre. Sé que es él. No hay forma de hacerle entender que no es necesario que lo toque, que puede entrar y salir cuando quiera porque esta también es su casa. Las ruedas del andador de mi nona resuenan en el silencio que inunda los ambientes al no estar Miranda. Ella se fue a pasar el fin de semana con su familia paterna, quienes no la abandonan jamás y la respaldan en todo. Con un poco de retraso planeamos su cumpleaños número quince, cuando debimos hacerlo no pudimos por todo lo que nos rodeaba. Eso nos tiene a todos emocionamos, ansiosos y de acá para allá sin descanso. Abandono mi habitación para ir a su encuentro, hace una semana que no nos vemos y estoy un poco desesperada, las llamadas y mensajes no alcanzan. Valentín junto a mi nona charlan

animados en el *living*. Me quedo rezagada detrás de la pared del pasillo observando su intercambio. Este hombre me enloqueció en el buen sentido de la palabra desde que colisioné con él. No sé si lo nuestro fue destino o casualidad, pero apareció en mi camino para darme una nueva perspectiva, una que sin saberlo ansiaba. Amo todo de él, cada centímetro de su corazón dulce y bondadoso. Su mirada me da tanta paz que me reconforta el alma. La forma que tiene de acariciarme, escucharme, amarme, envalentona cada gota de mi sangre. Puedo asegurar que me complementa. Soy afortunada porque lo tengo y estoy feliz conmigo misma. Haber sobrevivido al infierno que pasé me ayudó a madurar, a aprender que cuando se quiere, se puede, que solo hay que desearlo con la intensidad justa.

Me pesca mirándolo embelesada y me sonrío, cada vez que lo hace todo dentro de mí se marea. Le devuelvo la mueca, le ruego en silencio que se despegue de mi nona y se aproxime a mí, lo necesito, añoro su toque. Atraído como si fuera un pez y yo el océano, lo hace. Llega a mí, extiende su brazo, sostiene mi cintura y me jala. Vibro por completo cuando experimento su compañía. Pongo mis manos en su cuello y me sujeto de él. Nuestras miradas se enganchan con anhelo. Fue duro no vernos todos los días.

—Hola, amor —me aventuro a decir mientras permanecemos con nuestras frentes unidas respirándonos, deleitándonos con el aroma del otro.

—Te extrañé, ojitos lindos —asegura sobre mi boca. No lo soporto, no puedo contenerlo. Estampo mis labios contra los suyos que me reciben como si fuera el manjar más delicioso de una degustación de platos. Nos besamos, lo hacemos medido, calmo, tímido. Lo disfrutamos con cada fracción de nuestros cuerpos. Nos electrificamos cuando nuestras lenguas se enredan, deliramos. La pasión, el cariño, nos aíslan de todo lo demás, solo somos él y yo en nuestro maravilloso bucle.

Estaciona el coche afuera de la casa de su mamá. El camino hasta acá no fue largo ni tampoco corto, nos sirvió para ponernos al corriente sobre los detalles que no comentamos en las conversaciones telefónicas. Estoy muy nerviosa, transpiro frío. No saber con qué voy a encontrarme me desestabiliza.

—Ojitos lindos, relajate. Mi familia no muere, están ansiosas por conocerte —relata apretando mis manos y me regala una sonrisa.

—No puedo evitarlo —aseguro—. Nunca pasé por esto, me aterrorizan sus reacciones. ¿Y si no les caigo bien!? ¿Si no me aceptan!? —balbuceo alterada. A los abuelos de mi hija los conocía

desde siempre, no hicieron falta los preámbulos.

—Ey, dejá de pensar pavadas —refunfuña—. Es imposible que pase eso, te van a adorar —asegura sin dejar de acariciarme la piel.

—Bueno —acepto contrariada. No quiero angustiarlo—. Si vos lo decís, será así —acoto con un poco de ironía.

—Bajemos antes que mi mamá se dé cuenta que estamos acá y salga a ver qué pasa —solicita haciendo lo que acaba de decir. Abro la puerta de mi lado y desciendo. Me tiemblan las patas. ¡Dios! No puedo ser más boluda o quizás sí. Esto es un descubrimiento para mí. Valentín se reúne conmigo, me sostiene, infunde calma, y como siempre, lo logra, es un bálsamo para mis nervios. No golpea para entrar, obvio que no, es su casa. Una linda por fuera y por dentro más, al menos, así es lo que voy viendo. A lo lejos se oyen risas y conversaciones que no comprendo. Un hogar cálido, al igual que la casa de mi nona. El ambiente huele a comida, a delicia. Deduzco que nos dirigimos a la cocina luego de pasar por el *living* y el comedor, en este último la mesa ya está dispuesta para algunas personas, no llegué a contar para cuántas. Los sonidos se intensifican, son más claros, fuertes y con cada paso dado transpiro más y más. Nos detenemos en la entrada, y al visualizarnos todo se vuelve un pequeño caos. Los abrazos van y viene, las palabras alegres y cariñosas también. Me abruma un poco. A simple vista las tres se ven felices con mi presencia, así me lo hacen saber, pero nadie más que yo sé que no todo siempre es lo que aparenta. Me atienden como si fuera una reina. El parecido que María y Laura, sus hermanas, tienen con su madre es increíble. Eso sí, los tres tienen el mismo color de pelo, el cual seguro heredaron de su padre, porque Catalina, la matriarca, tiene el cabello negro como una noche cerrada. De ahí en más todo se da con soltura, con comodidad. Con el paso de los minutos, mi incomodidad va siendo relegada, me relajo, suelto, me siento dichosa de estar con ellos. Que quieran saber de mi vida no influye de forma negativa en mí, todas las preguntas tienen un ida y vuelta espontáneo. A lo largo de la noche me entero de que ambas hermanas están en pareja; una de ellas, la mayor, tiene dos hijos que hoy están con su padre, con quien comparte una tenencia compartida y su actual marido no pudo venir. El esposo de la otra trabaja en el turno nocturno de una fábrica, por lo que tampoco pudo estar presente. Nada de eso importa, sus ausencias no perturban a nadie. La cena, además de estar deliciosa, fue maravillosa, no podría haber salido mejor. Nos despedimos de ellas prometiendo que pronto nos volveríamos a ver, quieren conocer a mi familia y yo que lo hagan. Sospecho que la influencia de ellas será positiva para que Miranda abandone de una vez la poca renuencia que le queda hacia Valentín. Amé verlo interactuar con las mujeres de su vida, me reconfirmó lo grandioso, dulce, demostrativo y el adorable hombre que es. Me tiene loca de amor.

Esta noche no necesito regresar a casa. Mi hija no está, mi nona está en buenas manos y Matías, ni idea, ya es adulto, puede cuidarse solito.

Ni bien ingresamos al departamento todo se desmadra un poco como siempre que estamos solos. La ropa que nos sobra queda desperdigada por el suelo. Nuestras respiraciones aceleradas y gemidos devastadores son la música que nos lleva a danzar al compás. El amor que sentimos se proyecta fuera de nuestros corazones, explota a nuestro alrededor con cada caricia prodigada, en cada mirada deseosa de más, en todos y cada uno de los envites que nos vuelven uno para siempre. Cuando nos unimos, flotamos, nos elevamos alto y la caída es suave, placentera, maravillosa porque estamos en los brazos del otro, donde nada duele, ni lastima, donde todo es cuidado, dulce. Este hombre me enseña en cada detalle que el amor verdadero existe, que cuando es sincero no destruye, al contrario, sana y protege, es unión, fortaleza, felicidad.

Valentín

La fiesta tan esperada por Miranda al fin llegó. Está radiante y su mamá, ni les cuento. El vestido que eligió le queda impecable, el verde esmeralda resalta contra su piel morena haciendo juego con el tono de uno de sus ojos. Amo todo de ella, pero su mirada, el color de sus iris, me tiene hechizado por completo. Pretendo que esta noche sea el doble de especial, más de lo que ya lo es, al menos para mí. Después de mucho pensarlo y darle mil vueltas llegué a la conclusión que hoy es el día ideal para pedirle que se case conmigo, estoy más que dispuesto a dar ese paso solo con ella. Todas las personas que amamos y nos estiman están acá, es perfecto. El *disc-jockey* está al tanto de todo, igual que mis hermanas y su nona. Luego de que Miri baile el vals con los invitados, va a empezar a sonar un tema que elegí pensando en ella, en lo que siento y se lo voy a pedir arriesgándome a que luego me reprenda por sorprenderla, no se acostumbra a que lo haga todo el tiempo. Vamos dando un paso a la vez, con Elena nada es simple, y en varias ocasiones veo cómo reprime lo que en realidad quiere decir. Está segura de que no descubro el miedo en sus pupilas, las contradicciones que la atacan, y eso no es así, me doy cuenta con facilidad de lo que experimenta. Gracias a Dios, soy un hombre paciente, muy sosegado, confío en que va a llegar el momento en el cual todo se resuelva. Está creída que voy a salir corriendo a la primera de cambio, que las voy a abandonar y eso no va a suceder. Sé muy bien que un anillo en su dedo y las promesas no bastarán para finiquitar los temores que padece, eso solo lo va a finalizar el correr de los años. Ojalá las palabras alcanzaran para describir lo que experimento por esta mujer. Mi adoración por ella es como la fuerza de un tornado, arrasa con todo.

—Amor, ¿estás bien? —consulta arrancándome de sopetón de mis pensamientos, observándome con curiosidad—. Te estaba hablando, y ni me registrabas —agrega con su voz temblando.

—Sí, ojitos lindos, está todo más que bien —respondo con seguridad para tranquilizarla—, ¿qué necesitaba Miri? —pregunto recordando porqué se fue de mi lado hace un rato.

—Nada importante, cosa de chicas —aclara acurrucando su cuerpo en mi falda. Tenerla así, pletórica, pacífica y entre mis brazos, es impagable, me enardece. Si no fuera la fiesta de su hija la sacaría corriendo de acá para hacerla mía de nuevo—. Tiene una sorpresa para darte —agrega despreocupada. Sus palabras me golpean directo al corazón con fuerza. Nuestra relación mejoró un cien por cien luego del fin de semana largo que pasamos en Mar del Plata. Estoy seguro de que terminé de ganarme su confianza cuando convencí a su mamá para que la dejase tomar unas pocas clases de surf, y también gracias a la caja de conitos *Havanna* que le compré. La pendejita se los comió todos, sola. Sonríe recordando cómo se enojaba cuando alguien amenazaba con sacarle uno o simplemente se lo pedía—. ¿Por qué tenés esa cara de boludo? —inquire la madre de ese pequeño demonio de Tasmania al cual quiero tanto.

—Me estaba acordando de algo —manifiesto observando a la estrella bailar con sus amigas. El vestido color crema y su expresión de felicidad, la hacen ver más hermosa de lo que es. La adoro.

La voz del animador resuena interrumpiendo nuestro intercambio para anunciar que llegó la hora del vals. Les pide a todos los hombres presentes que se preparen para bailar con la princesa, textuales palabras, y mi corazón se deboca. Mi momento se acerca, en unos minutos voy a estar frente a estas personas pidiéndole a mi Elena que compartamos la vida como marido y mujer, por eso mismo voy a aguardar hasta lo último para acercarme a Miranda. La música comienza a sonar y escucho mi nombre salir de los parlantes, me están llamando para que sea el primero en compartir esto con ella. Pestañeo desorientado antes de verla mirando hacia mí, haciendo señas para que me acerque. Elena me sonríe desde su posición antes de ponerse de pie y alentarme a que la siga. Estoy estático, no puedo creer que me haya elegido. Mi futura esposa susurra en mi oído que esta es la sorpresa que Miri tenía para mí. La pruebo con todo lo que tengo y camino decidido hacia la pista. Aún sin procesar esto, la sujeto de la mano al llegar a su lado, deposito un pico tierno en su frente y la arrastro para brindarle su primer baile. Sí, estoy emocionado como un tonto, lo admito. Recorremos la pista tal cual le enseñé en algunas clases, posamos para la foto y se la entregó a Matías que aguardaba su turno. Me dirijo hacia Elena, que nos observa con devoción. Me reúno con ella y la alejo de la gente. Acaricio su rostro sonriente con admiración. Ni se imagina lo que siento por ella, mis demostraciones se quedan cortas cuando se trata de su

persona.

—Te amo tanto, ojitos lindos. Gracias por esto —cuchicheo sobre su boca carnosa.

—Te amo más, Valen. No tenés por qué dármelas —murmura juntando su boca con la mía. La beso lento, delirante, con el alma deslizándose por mis labios.

Elena

Ver a mi hija, a mi familia lagrimear de pura dicha es el regalo más grandioso que me pueden dar y que Miranda haya optado por entrar del brazo de su tío, y bailar primero el vals con mi novio, teniendo a su abuelo paterno presente, colmó mi corazón de felicidad, porque para mí eso quiere decir que al fin confía en él para dejarlo ser parte de su vida sin reparos. Él la adora, se nota en cada vistazo que le da, en cada capricho que le cumple, en las recomendaciones que me brinda cuando tengo que ponerle límites. Cada día que pasa mi afecto por él crece, se fortalece, no hay un punto definitivo para mis sentimientos. Antes de conocerlo, de encontrarlo, apenas toleraba que me miraran o rozaran, ahora sé muy bien que él no solo fue mi nuevo comienzo, sino que será el único con quien quiero compartir mi existencia, porque su amor es todo lo que está bien. Somos como la reina y el rey de una partida de ajedrez, siempre uno al lado del otro, cuidando nuestras espaldas. Por eso, cuando me toma de la mano y me aparta del resto de los invitados, lo sigo encantada. Lo observo admirarme con tanto sentir y eso es un regalo que le agradezco a Dios cada instante.

—Te amo tanto, ojitos lindos. Gracias por esto —musita sobre mi boca. Adoro que me llame así, lo hago porque sé que no es un apodo banal, sino que lo usa porque dice que a través de ellos ve la belleza de mi alma. Ya estoy empezando a comprar su versión.

—Te amo más, Valen, No tenés porqué dármelas —aseguro antes de besarlo. Cuando me absorbe así, con tanta carga emocional, me derrito y todos los males me abandonan. De por sí esta noche ahuyenta cualquier pensamiento negativo que me quiera asaltar. Nos compenetramos uno con el otro hasta que oigo cómo anuncian que el vals está por llegar a su fin. Cortamos con el acalorado intercambio y nos dirigimos hacia la pista para al menos compartir unos minutos junto a mi hija.

—Y ahora... vamos a darle lugar a todos aquellos que quieran disfrutar de los lentos que comenzarán a sonar —solicita el locutor. Sonrío ante lo que dice, nunca bailé ese estilo en toda mi vida. Una melodía que desconozco empieza a sonar y me abrazo con fuerza al torso de mi compañero al oír la letra. Pareciera que fue escrita en base a nuestra historia. No tengo ni idea de

quién canta, pero me gusta. Lo que más me deleita es su voz tarareando sobre mi cabeza, el retumbar de su corazón junto a mi oído y la calidez de sus brazos sosteniéndome. Él cambió mi vida, tal como dice el tema, llenó la paleta de colores opacando al negro que regía mis días, iluminó todo con la magia de su paciencia.

—*Me cambiaste la vida* se titula y es de *Río Roma* —confiesa antes de elevarme y girar conmigo a cuestas, mirándome con miles de sensaciones brillando en sus iris. Río, sí, lo hago fuerte y claro porque soy afortunada, porque él es todo lo que necesito junto a los míos para existir y dejar de lado, al fin, las dudas, los miedos y todo lo malo. Ralentiza el movimiento y me baja con sumo cuidado, pausado, dulce. Pasmada, soy testigo directo de cómo hinca una de sus rodillas en el suelo y saca del interior de su saco una caja. Lágrimas de sorpresa inundan las cuencas de mis ojos. No puedo creer que esté por hacer esto justo ahora, frente a este conjunto de personas y que encima se quede callado, viéndome como si fuera el aire que respira.

—Elena, este anillo no solo significa lo que ya sabés y que no voy a repetir —parlotea nervioso—, este anillo es una invitación a compartir este recorrido juntos, es riesgo, es dulzura, dedicación. Este anillo —agrega dubitativo repitiéndose—, es la prueba tangible del amor verdadero y puro que siento por vos. Es mi forma de demostrarte que no hay nada en este camino que me impida hacerte feliz, sonreír y llorar de dicha. Es un propósito, el de verte florecer, cuidar tus sueños y eliminar las pesadillas. Es todo lo que soy, lo que te entrego. ¿Estás dispuesta a bailar conmigo por el resto de tus días? —pregunta finalizando la declaración más original y hermosa que pudo brindarme. Las manos me tiemblan, mi físico entero lo hace.

—¡¡¡Sí, Sí!!! —chillo con auténtica satisfacción—. Valentín Alcaraz, estoy más que preparada para bailar con vos hasta que nuestros cuerpos se cansen y nuestras almas se reúnan en el más allá —agrego. La sinceridad se expande desde mi interior, traspasa las capas de mi piel y explota en mi paladar, se abre paso en las palabras. Este hombre me convierte en la persona más venerada del mundo.

Anuda el círculo a mi dedo y todo lo que puedo sentir es orgullo. Sobreviví, y junto a él voy a seguir haciéndolo. Nuestra danza recién comienza.

Esta tarde es la presentación oficial de la escultura que Concepción quiere para el salón de entrada del instituto. Escuché por los pasillos que contrataron a un artista de renombre para hacerlo, algo en lo que no estoy de acuerdo, pero no soy quién para oponerme. Si yo hubiera estado en su lugar sin duda habría optado por darle el privilegio a Alondra, esa chica con su onda “me chupa todo un huevo” me cae superbién y tengo la sensación de que cuenta con la capacidad

de ver detalles de nosotros que no demostramos. Me cruzo en la vereda con la escultora, pero no la interrumpo, intuyo que no es el momento de hacerlo por la conversación que mantiene con un hombre y un niño. En fin, me quedaré con las ganas de compartir mi anillo de compromiso con ella. Ni bien entro al edificio, un poco más tarde de lo pedido, me doy cuenta de que algo extraño está pasando. Detrás de la dueña y ama de todo esto vienen bajando por las escaleras una figura que la representa, un trabajo por demás exquisito. La colocan junto a otra de pésimo gusto cerca de los ventanales que dan a la calle, y me detengo a observarla con precisión. La obra está titulada como “Arte bajo la lupa” y como no pienso perderme ni un vistazo, sujeto uno de los accesorios para poder usarlo luego. Todo en ella representa cada una de las materias que acá se imparten. La arquitectura en la totalidad de la estructura. La literatura con un libro entre sus manos son las hojas en blanco. En el vestido salpicaduras de pintura y el cinturón es una tira de negativo. Su cuello decorado por un colgante con la careta de la risa y el drama, los pendientes haciendo alusión a la música y, por último, lo que más me gusta de todo esto, en sus pies lleva unas zapatillas de baile. Me acucillo junto a estas y pongo mi ojo sobre el cristal con aumento para descubrir que allí, donde nadie se detiene a mirar, esta mi historia de vida, cada una de las etapas que viví y la que más adoro, esta última, mi presente de felicidad completa junto a todas las personas que amo. Ahí están mis instantes de superación, de instrucción, mis lágrimas, mi sonrisa, esa que durante años se esfumó, pero que logré recuperar. Lo que Alondra logró con esto no tiene nombre, me hizo ver en la profundidad de mi alma. Los aplausos me despiertan, veo que todos los presentes se apoltronan mirando hacia afuera y oigo cómo acelera su moto. Sé que se va, que va a demorar en volver, pero eso le va a hacer bien, debe reencontrarse con ella misma, tal como yo lo hice.

Biografía

Yamila Bianqueri nació en la Ciudad de Mar del Plata en el año 1990 y creció en Comandante Nicanor Otamendi un pueblo del Partido de General Alvarado, Provincia de Buenos Aires. Trabaja de encargada en un edificio, cuida de sus hijos y recientemente ha descubierto que una máquina de coser puede ser un gran aliado. Una lectora compulsiva que escribe en sus ratos libres, cuando los tiene, y de vez en cuando se obsesiona con alguna serie televisiva, además de ser bailarina de folclore. Quienes la conocen la pintan como una mujer inquieta, apasionada, rebelde, que sonríe con la mirada y hasta en algunos casos divertida. Ella asegura que no es un ser sociable pero los que realmente la perciben, saben que no es así. Buena amiga, oyente y partidaria de que un buen consejo

siempre debe ser recibido con atención y predisposición.

En el año 2017 participo de la 13° Feria del Libro Mar del Plata Puerto de lectura junto a: Di.Vi. NA, Adriana Gualtieri y Mirta Fachini.

En el 2018 estuvo presente como invitada en el VI Septiembre Romántico y Rioplatense, encuentro que se celebra en Capital Federal, organizado por: Victoria Aihar, Estela Escudero, Marta D'Arguello, Mimi Romanz y Maria Laura Gambero.

Es la autora de:

“TU MIRADA ME ATRAPÓ” (2017 papel por Librománticas y digital por Amazon. 2018 papel por Love Kiss México)

“CUMPLIENDO UN SUEÑO” (2017, digital por Amazon y 2019 papel por Librománticas – Delivery Romántico)

“DICIEMBRE EN EL FIN DEL MUNDO” (2017, por Wattpad y 2018 digital por Amazon)

“TÚ ME ROBASTE EL CORAZÓN” (2018 por Wattpad y Amazon)

“UN VIAJE EN FAMILIA” relato sobre Tu mirada me atrapó (2018 digital por Amazon)

“EL FUTURO DE MEL” relato sobre Cumpliendo un sueño (2018 digital Amazon. Incluido en ejemplar papel)

“TRIPLE SEC DE PASIÓN” Antología erótica multiautor “UN COCTEL PARA RECORDAR” (2018 papel y 2019 digital por Amazon)

“ERES MI CIELO” (2019, digital por Amazon)

“DOCE COMPASES DE AMOR” Antología multiautor Librománticas “HISTORIAS DE AMOR EN MI BIBLIOTECA” (2019 papel por Librománticas - Delivery Romántico)

“EL REENCUENTRO” (2020, digital por Amazon)

“DESTINO AUSTRAL” Antología romántica (2020 papel por Librománticas - Delivery Romántico y digital por Amazon)

“NUNCA TE DEJARÉ” Antología multiautor Librománticas “ROCKEANDO LA VIDA” (2021 papel por Librománticas – Delivery Romántico, también por Amazon)

“POR LOS DOCE LATIDOS DE MI CORAZÓN” Antología multiautor solidaria.

“DIVINAS NAVIDADES” (2021 Amazon, grupo de Facebook Divinas Lectoras, Fundación Creando Lazos)

“DESATA MIS CADENAS” (2021 Amazon, papel por Librománticas – Delivery Romántico)

“CONEXIÓN” Antología multiautor décimo aniversario SRR “MUJERES... QUE SE ATRAVERN” (2022 papel, organizadoras Septiembre Romántico y Rioplatense)

Así como estas historias, vendrán muchas más. Actualmente trabaja en su próximo lanzamiento.

Agradecimientos

Soy consciente de lo desaparecida que he estado todo este tiempo, pero han pasado tantas situaciones a mi alrededor que a veces no puedo dedicarle el tiempo que esto se merece. Escribir para mí siempre fue una ráfaga de aire puro, fresco y revolucionario, ensuciar eso con los enredos que hay en mi mente no es justo, es por eso por lo que voy paso a paso conectando de nuevo con esa parte de mí que ustedes conocen y les agradezco infinitamente por seguir del otro lado.

A mis hijos, familia y amigos que siempre son el pilar del cual me sostengo cuando todo parece derrumbarse.

A mi eterna amiga, guía y mi fiel alentadora, Marisa Citeroni, por no abandonarme, aconsejarme, quererme y aguantarme.

A Isaboth por la diagramación y re-corrección de este relato.

A Sabrina Teroni por la traducción de Remembranzas a Inglés. Realizaste un trabajo colmado de amor, paciencia y responsabilidad. Resurface es un sueño más alcanzado y fue gracias a vos.

A Natalia, de Librománticas, porque simplemente jamás deja de ser ella y me empuja a la realidad.

A cada uno de ustedes, que si llegaron hasta acá quiere decir que una vez más o por primera vez, eligieron uno de mis escritos y eso me hace muy feliz. Mi voz no se escucharía tan alta sin tu apoyo.

Los abrazo con fuerza.

Yamila